

BOL-SILBEROS BRUCUERA



SERVICIO SECRETO

¡haga el favor de morirse!

SILVER KANE



¡HAGA EL FAVOR DE MORIRSE!

SS Nº 1307

Autor: Silver Kanes

ISBN: 9788402025135

Generado con: QualityEbook v0.78

CAPÍTULO PRIMERO

EL pequeño japonés vestido de negro que estaba en la puerta de la cárcel dijo con voz pausada, igual que si recitara una oración:

—Espero que no permanezca demasiado tiempo en nuestro país, señor Keldon. No es que yo tenga nada contra los americanos, pero usted es un americano especial, recuérdelo. Esta vez han sido seis meses; la próxima, puede que ya no salga. Y ahora haga el favor de irse al infierno.

Keldon le contempló desde su altura, mientras apretaba los labios ligeramente. En teoría hubiera sido muy fácil aplastar a aquel pequeño japonés que ni siquiera alzaba la voz, y a fe que tenía ganas de hacerlo. Pero con ello hubiera cometido un solemne error. Nadie tan peligroso como el inspector Yamashita, de la Policía Imperial, cinturón negro de judo, especialista en quebrar cuellos de un solo golpe, entrenador de comandos en Vietnam con contrato privado, meticuloso homicida cuando le encargaban una misión especial y subcampeón de tiro con pistola libre. Parecía insignificante, pero no lo era. Bastantes hombres repartidos por los miserables cementerios de Oriente hubieran podido dar fe de ello.

Keldon se puso con cansancio un cigarrillo en los labios.

—No me quedará demasiado tiempo aquí —dijo—. Nada tengo que hacer en Japón. Unos pocos días de descanso, hasta que se me acabe el poco dinero que tengo, y... ¡adiós! Puestos a reventar, es mejor reventar en casa.

—No sé si fue inocente o no en aquel asunto de drogas, Keldon, pero el caso es que le condenaron a seis meses. Si vuelve a meterse en otro asunto sucio, puede que ya no vuelva a ver los anocheceres

de Tokio. Es sólo un aviso. Téngalo en cuenta.

Volvió la espalda y se alejó. Su pequeña figura se perdió en la bruma baja que llegaba del río Sumida. Tokio enviaba a los espacios su humo, su ruido, su vitalidad, su aliento. El cielo se estaba volviendo ligeramente negro. Keldon dejó atrás los muros de la prisión y atravesó la calle.

La enorme pared de una fábrica de nitratos estaba al otro lado. No había tráfico. A la espalda quedaban el hacinamiento de la prisión, las pequeñas suciedades, las miserias de cada día. Delante estaba la vida ansiosa de una de las ciudades más pobladas y, sin embargo, más limpias del mundo. Fue en aquel momento cuando vio el pequeño punto que atravesaba la línea del horizonte.

Ni que hubiera sido un «ovni».

Visto y no visto.

El potente «Jaguar» 2.000 se lanzó a 180 por la ancha calle sin tráfico. Dos segundos le bastaron para estar encima de Keldon. Su conductor, un auténtico campeón de carreras, hizo un quiebro para cazarle.

El aire pareció cortado por un cuchillo.

Los neumáticos chirriaron en el asfalto. Soltaron chispas. La suspensión lanzó un terrible crujido, como si fuera a romperse.

Todo el bólido brincó.

Un hombre con menos músculos hubiera salido despedido hasta la antena de la televisión más próxima, situada en Haiwa-Jima. Pero Keldon hizo algo que hubiera envidiado un campeón mundial de salto de altura: voló a más de dos metros. Cayó sobre la carrocería del «Jaguar», pero en su parte posterior. Resbaló hacia atrás. También su cuerpo pareció despedir chispas al chocar con el pavimento.

Los dientes del conductor chirriaron al darse cuenta de que, increíblemente, acababa de fallar. Dio marcha atrás intentando aplastar a Keldon con sus anchas ruedas. Pero ya no lo encontró porque Keldon acababa de dar dos vertiginosas vueltas sobre sí mismo.

Los gases del tubo de escape casi le ahogaron. Perdió la visibilidad. El «Jaguar» salió disparado y subió espectacularmente a la acera. Estuvo a punto de chocar con un sicómoro que lo hubiera

convertido en chatarra. Pero el conductor seguía siendo un campeón y esquivó a 130 por hora. Patinó sobre una zona de hierba y volvió a la calle. Después de eso, el tipo que lo guiaba ya no se atrevió a más. Aunque no había tráfico en aquella calle del suburbio, podían salir a perseguirle los motoristas de la cárcel.

Todo había ocurrido en breves segundos, quizá apenas ocho o diez. Con la misma velocidad suicida, el «Jaguar» se perdió en la lejanía. Nadie se había dado cuenta de lo sucedido, excepto el casi cadáver Keldon.

Este se puso en pie, mientras se llevaba una mano a la cabeza que parecía haberle cambiado de sitio.

Sus huesos crujieron. Los golpes que se había propinado al saltar habían sido como para descoyuntar a cualquiera. Miró en torno suyo como si todavía no estuviera seguro de continuar con vida.

Nadie se había dado cuenta de lo sucedido, ni siquiera desde la cárcel. La tranquilidad en aquella zona de Tokio seguía siendo total. De la fábrica fronteriza se desprendía un humo espeso y maloliente. Nadie pasaba por allí... ¿Nadie?

Fue en aquel momento cuando Keldon vio el fabuloso «Rolls-Royce» color plata, un cacharro digno de un príncipe de la Arabia Saudita. El «Rolls-Royce» avanzaba lentamente, pues un portaaviones de esa categoría es más bonito cuanto más pausado y solemne. En apariencia no había nada de extraño en él, excepto su belleza, pero Keldon tuvo la sensación de que el hombre que lo conducía tuvo que haber visto lo que pasaba; y que incluso no estaba allí por casualidad, sino que lo había vigilado todo.

Si Keldon no hubiese tenido antecedentes penales en Japón, quizá hubiese ido al encuentro de aquel hombre que pasaba conduciendo sus millones apenas a diez metros de distancia. Pero, tal como estaban las cosas, no se atrevió. Sólo le faltaba ahora una bronca callejera para que le volvieran a meter en la cárcel.

De modo que se volvió de espaldas, se subió un poco las solapas porque empezaba a hacer fresco y fue caminando hasta llegar a las cercanías de Shimbashi Station. Una caminata capaz de destrozar las piernas de cualquier otro hombre, pero que a él no le afectó; necesitaba moverse después de seis meses de estar encerrado casi continuamente en una celda de cuatro por cuatro.

Y fue en aquella zona, al adentrarse ya en el barrio de Hibiya, cuando empezaron a ocurrir cosas otra vez.

La mayor parte de las calles de Tokio no tienen nombre, y las casas no tienen número, por lo que la ciudad resulta un jeroglífico para quien no la conozca bien. Pero Keldon, sin embargo, no lo era. Él conocía aquel barrio que lleva a la Plaza del Palacio Imperial como si fueran sus propias manos. Eso hizo que caminara con un cierto descuido, con las manos en los bolsillos, aspirando los mil efluvios excitantes del aire, hasta que el tirador que estaba en lo alto del andamiaje del edificio en construcción, en la confluencia de Sotobori con Himiya, le tuvo enfocado en la cruz de su punto de mira telescópico.

Era un hombre pequeño, de patas cortas y algo arqueadas, que recordaba las viejas estampas de los soldados japoneses invadiendo el Pacífico durante la Segunda Guerra Mundial. Tendría unos cuarenta años, y de esos cuarenta se había pasado treinta arreglando rifles de precisión y manejándolos como si fueran aparatos de relojería. Aquel punto de mira telescópico lo había montado él mismo; sabía que no podía fallar.

La parte superior del cráneo de Keldon se le marcó claramente en la cruz del anteojo. Sabía que era allí donde tenía que clavar la bala, destrozándole la masa encefálica. Contuvo la respiración y apretó el gatillo. Pese a la altura de más de ochenta metros sobre el nivel del suelo, el blanco era seguro.

Lo malo que tienen (aunque sólo sea en ese aspecto) las estructuras metálicas de los modernos edificios de Tokio, es que sus cimientos son elásticos. Para que puedan resistir los terremotos, esas estructuras resultan fabulosamente vibrátiles. A ochenta metros de altura, cuando no existe más que el hierro desnudo, un desplazamiento de tres o cuatro centímetros resulta perfectamente normal.

Y ahora se produjo, porque uno de los fantásticos tren-bala, los de los 230 a la hora, estaba dirigiéndose a la Yuracucho Station. Los índices de oscilación aún no estaban corregidos y la fantástica vibración (la misma que hace de las grandes arterias de Tokio la más ruidosas del mundo), produjo aquel leve desplazamiento. Fue algo casi inapreciable, pero que en una puntería tan exacta como la que había buscado aquel tipo, significó su fallo.

Keldon sintió la bala pasando entre el pelo de su cabeza.

Materialmente le «afeitó».

Pero él no hizo apenas caso.

Siguió con las manos en los bolsillos.

Con los ojos quietos.

Sólo sus largas piernas se movieron, mientras cruzaba la calle a gran velocidad por entre el maremágnum de coches que iban hacia la zona de Sakuradamon. Un «Toyota» rojo tuvo que frenar con tal violencia que su conductor casi salió despedido por el parabrisas. Otro se desvió en el último segundo. Una moto «Yamaha» casi entró por un escaparate. Keldon se oyó llamar perro americano, hijo de una prostituta turca.

Pero sabía que su misterioso enemigo ya no se iba a atrever a disparar otra vez, porque entre el lío de coches difícilmente podía verle. En cambio, él le distinguió. Era apenas un puntito negro entre el *meccano* de hierros ensamblados donde, en aquella tranquila tarde de domingo, no trabajaba nadie.

El del rifle de precisión disparó otra vez.

Pero ahora nerviosamente.

La bala produjo un aullido al rebotar entre los largos andamiajes de hierro, aunque aquel aullido casi humano sólo Keldon lo llegó a captar. Saltó una valla donde se anunciaban los transistores «Sanyo» y se encontró bajo la inmensa estructura, entre la que los recortes de cielo se iban haciendo cada vez más negros. El puntito de las patas cortas se desplazó por una pasarela. Keldon empezó a subir.

Ya no le importaba meterse en un lío que quizá le enviaría a la cárcel para veinte años. Habían intentado matarle ya dos veces y a la tercera acertarían. O se movía ahora o se iba a quedar quieto para siempre, metido entre cuatro maderas de pino.

Apenas había ascendido cuatro o cinco peldaños de la escalera metálica cuando el puntito de las patas cortas dio un salto para llegar a otra pasarela y acortar camino. Eso resultó fatal para él. Era un excelente tirador, pero no un atleta. Estuvo a punto de resbalar y soltó el rifle que pesaba más de cinco kilos. El arma rebotó de un ensamblaje a otro mientras las vigas de hierro resonaban como una serie de lúgubres campanas.

Pero nadie oyó aquella especie de presagios de muerte entre el tráfico de autobuses y coches que remontaban la calle hacia el Palacio Imperial. Sólo Keldon, quien siguió con ojos entrecerrados la vertiginosa caída del rifle. Este se acabó desplomando sobre una pila de cascotes, y el anteojo salió despedido a gran distancia.

El silenciador también se desprendió.

Pero eso era lo de menos.

Keldon descendió de un salto los peldaños que había subido y avanzó hacia el arma. Ahora el puntito de las patas cortas corría de una pasarela a otra como una mosca atrapada en una tela de araña. Keldon, con movimientos pausados, casi aburridos, acopló el silenciador otra vez.

El anteojo telescópico ni lo buscó. Además, después del trompazo, no podía uno apostar medio yen por su precisión. Tampoco el rifle era la mitad de lo que había sido, porque se había desviado el punto de mira.

Sin embargo, Keldon apuntó. La mosca seguía saltando desesperadamente de un lado a otro. Keldon calculó la desviación, contuvo el aliento, corrigió un poco el ángulo y envió una bala.

Nada.

Otra vez se oyó el rebote de la bala como un campanillazo.

Corrigió a la derecha.

Otra vez a contener el aliento.

Los músculos en tensión insoportable...

¡Fuego!

La mosca, que prácticamente volaba de un andamio a otro, quedó a mitad de un salto y braceó en el aire desesperadamente. Desde unos cincuenta metros de altura, donde estaba ahora, rebotó de una viga a otra mientras iba dejándose en el camino pedazos de su cuerpo. Fue una de las caídas más espectaculares y más sangrientas que había visto Keldon. Sólo un ochenta por ciento del cadáver llegó abajo. El resto se quedó como propaganda de la inmobiliaria que estaba construyendo el edificio.

Keldon se acercó pausadamente.

Nadie se había dado cuenta de la caída, ni siquiera los policías que regulaban el tráfico en aquel enclave de Tokio. La gente iba y venía apresuradamente hacia los grandes almacenes, que los

domingos están abiertos hasta las cinco. Por algunas calles se restringía la circulación de coches a fin de formar islas de peatones, lo que hacía que el tráfico en la zona de Hibiya, donde se concentraba todo, resultase infernal. Era como si Keldon se encontrase en el otro lado del mundo. Nadie le veía.

Llegó hasta el cadáver y lo miró sin demasiado interés. Se fijó en los rasgos inexpresivos de aquel cuarentón de patas cortas y de brazos largos. Si los japoneses ya son inexpresivos cuando están vivos, puede imaginar el lector lo que será cuando están muertos. Lo registró pausadamente y vio que no llevaba documentos. Nada, ni un papel encima. El perfecto asesino a sueldo al que han contratado para un trabajo que puede resultar mal, y en el que conviene que no deje huellas.

Keldon salió por el otro lado, por un callejón que daba a Sotobori Avenue. En Tokio son frecuentes esos callejones sin nombre, verdaderas ratoneras entre las casas donde siempre se encuentra una tienda de delicadas antigüedades, un bar con chicas y un restaurante escrupulosamente limpio. A veces, más caras que las antigüedades resultan las chicas.

Pero al salir a Sotobori Avenue vio otra cosa. Vio el fantástico «Rolls-Royce» color plata. Estaba detenido como si fuera a doblar hacia el Imperial Hotel, pero en realidad no iba a ninguna parte. Era como el coche fúnebre que aguarda a un muerto que no acaba de llegar.

Y Keldon sabía que ese muerto iba a ser él.

No hizo ningún gesto. Se fijó de soslayo en la matrícula del «Rolls-Royce» y pasó de largo. Cerca del Ministerio de Comunicaciones, que está en la avenida Sakurada, se dio cuenta de que el «Rolls-Royce» venía pausadamente. Él se introdujo en otro callejón, pensando desorientarle de una vez.

Pero este callejón no era como los otros. Estaba lleno de cubos de basura que habían sido depositados en sábado y nadie retiraría hasta el lunes. La tradicional limpieza de Tokio se rompía allí en medio de una sinfonía de maullidos de gatos. Un espeso olor a pescado podrido y a salsas pasadas llenaba el aire. Keldon se dio cuenta de que había una salida hacia la derecha.

Fue allí.

Y en ese momento saltó uno de los gatos.

Pero éste tenía forma de hombre. Si recordaba a los gatos era por su agilidad y porque se había deslizado por los tejados de las casas bajas igual que un fantasma. Lanzó un sordo gruñido y voló materialmente por encima de la cabeza de Keldon.

Vestía un pantalón y un jersey negros, los cuales le daban una perfecta facilidad de movimientos. En su derecha brillaba un cuchillo. Cuando Keldon lo vio, ya era demasiado tarde.

No esperaba otro ataque tan pronto. Vio el relampagueo del cuchillo y se encogió. Lo único que pudo hacer fue adelantar el brazo izquierdo y frenar con él la cuchillada que iba recta a su corazón.

Sintió un dolor agudo que le llegaba hasta el hueso. Su enemigo lanzó un grito, fue a desclavar el arma y retrocedió un paso para tomar impulso y clavarla esta vez, pero ahora atravesando el cuerpo de parte a parte.

Llegó a dar aquel paso.

Sin embargo, cuando lo dio ya llevaba entre las piernas un punterazo de los que le hacen sacar a uno su sexo por la boca. El cuchillo vaciló entre los dedos del japonés. Intentó sobreponerse al dolor y atacó de nuevo.

Keldon sólo tenía una mano.

El brazo izquierdo le sangraba y le dolía horribilmente. No podía moverlo.

Pero su derecha funcionó con la precisión de un campeón mundial. El golpe que envió al mentón del japonés fue de los que penen al revés la cabeza de un hombre. Por otra parte, el japonés era ágil, pero no pasaba de ser un peso gallo. Keldon entraba en la categoría de los pesos máximos.

Vio volar materialmente a su enemigo.

Lo estrelló contra la pared.

El japonés salió rebotado.

Vino hacia él otra vez.

Tenía los ojos levemente en blanco, pues no se había recuperado aún del horrisono guantazo. Y el que recibió a continuación le hizo ir de un lado a otro del callejón como un *punching-ball*. Dos de sus dientes salieron disparados como si los hubiese expulsado con un tiragomas.

Keldon intentó atacar ahora.

O arrebatava a su enemigo el cuchillo antes de que se recuperase o acabaría estando perdido. Pero fue un error atacar sin conocer bien el terreno. Resbaló en uno de los cubos de basura y cayó. El olor a pescado podrido pareció llegarle hasta las entrañas.

Y el olor de su propia sangre.

Oyó de nuevo el grito.

El japonés saltaba hacia él con el cuchillo levantado.

Keldon vio ante sus ojos el reflejo alucinante del metal. Fue el último brillo de su vida y el primer brillo de su muerte.

CAPÍTULO II

HAY momentos en que las sensaciones se mezclan, se confunden, crean una pesadilla en la que uno no se puede guiar. Y ése fue uno de tales momentos para Keldon. Vio venir a su enemigo, supo que iba a morir y en ese momento vio algo más: el «Rolls-Royce» plata que se detenía ante la entrada del callejón. Y el hombre alto, elegante, impecable que descendía.

Iba a ayudar al asesino.

Sólo le faltaba eso a Keldon.

Dos esbirros para liquidarle cuando con uno sobraba.

Lanzó una imprecación.

Y el estampido casi le dejó mudo. Pareció como si dispararan contra él. La cabeza del japonés al abrirse en dos fue como una visión absurda, lejana, llegada de otro planeta.

El cuchillo rodó sobre la basura.

Keldon se sujetó el brazo pensando que ahora venían a por él.

Y el hombre impecable que acababa de disparar dijo con voz ahogada:

—¡Vamos! ¡No pierda el tiempo aquí! ¡Pueden haber oído el disparo! ¡Venga de una vez!

Un hada con una varita apareciendo en el callejón no hubiera causado más sorpresa a Keldon, pero reaccionó enseguida. Apretando un pañuelo contra la herida para no dejar rastro de sangre, fue hacia la salida. El «Rolls-Royce» seguía allí con el motor en marcha. Los dos hombres se introdujeron en la parte delantera.

El desconocido que acababa de salvarle la vida condujo ahora a buena velocidad hacia la Plaza del Palacio Imperial. Atravesó el

punto de Ibaidawashi y se detuvo en los jardines de Uchibori. No estaban a demasiada distancia del lugar del ataque, pero aquel parecía otro mundo. Viejos matrimonios, llevando las mujeres el *atami* tradicional, paseaban entre los parterres de flores y los árboles enanos. Unos cuantos cocheros esperaban el cliente mientras dormitaban la siesta. A la izquierda, el foso tras el que parecían acechar los muros del Palacio Imperial tenía unos quietos reflejos de agua muerta.

El desconocido preguntó:

—¿Se siente mejor?

—Lo malo es la hemorragia... No sé si voy a poder contenerla.

—Hum... No creí que fuera tan grave. Espere. Le llevaré a la casa de un médico de confianza. Espero que tendremos la suerte de encontrarle, aunque sea domingo.

Lo encontraron, en efecto, a poca distancia de allí, en Chuodori Avenue. Mientras tanto Keldon ya había llenado de manchas rojas la tapicería del coche, pero al ser ésta de piel no habría demasiados problemas. El médico demostró que era de confianza al no hacer ninguna pregunta. Limpió escrupulosamente la herida, la desinfectó, recompuso los músculos segados, la vendó y dejó a Keldon en unas condiciones que éste no hubiera podido imaginar cinco minutos antes. Al fin dijo:

—No es gran cosa. Más vale que tenga el brazo en reposo un par de días. Luego venga a verme otra vez.

Nada más que eso.

El fulano parecía silencioso como una esfinge.

El hombre del «Rolls-Royce» color plata resolvió otro problema que tenía Keldon. Del portaequipajes de su coche extrajo una chaqueta de chófer y se la dio. El joven pudo así desprenderse de su americana empapada en sangre y salir de nuevo a la calle sin llamar la atención. Llegaron entonces en el «Rolls-Royce» a uno de los lugares más elegantes de Tokio, la fascinante esquina de Babasakimon y la avenida Hibi.

Allí estaban algunos de los inmuebles más caros, de las tiendas más lujosas y los apartamentos más representativos. En uno de ellos vivía el desconocido del «Rolls-Royce». Desde el garaje subieron en el ascensor privado hasta una sala donde los muebles más modernos se armonizaban con los más delicados objetos de

auténtica laca china. En tiestos de porcelana había árboles enanos de esos que sólo los japoneses saben cultivar. Un suave olor a flor de almendro parecía desprenderse de los rincones más mínimos.

Después de la cárcel y el olor a basura, aquello era la monda.

El hombre preguntó:

—¿Un whisky?

—De acuerdo, creo que me sentará bien.

—¿Qué marca?

—Puesto que no lo voy a pagar yo, deme un «Chivas 12».

El hombre lo sirvió en silencio mientras Keldon se fijaba en él con tanta intensidad como si le estuviera haciendo una radiografía. Ya se había dado cuenta antes de que era muy elegante y además de raza blanca, pero ahora reparó en otros detalles. Por ejemplo, en que era delgado y fuerte. En que debía tener unos cuarenta y cinco años. Sus sienes eran blancas y tenía los labios finos. En otro tiempo debió haber sido guapo, ahora conservaba al menos su distinción y su elegancia.

—Creí que usted también iba a matarme —dijo Keldon mientras alzaba el vaso hasta el borde de sus ojos—. A su salud.

Y bebió. El otro se sirvió también dos dedos de whisky.

—¿Por qué han tratado de matarle, Keldon?

—¿No lo sabe?

—Sospecho que es por el mismo asunto que le llevó seis meses a la cárcel, pero eso es todo lo que puedo adivinar.

—Yo también lo sospecho. ¿No sabe por qué me enchironaron durante medio año, probando las delicias del menú carcelario y de la basura japonesa? Bueno... No me extraña. Hay momentos en que yo tampoco lo sé. Todo empezó con Tarami, que era una bailarina alta, delgada en unos sitios y llenitas en otros, con los ojos orientales más bonitos que he visto en mi cochina vida. Me pirré por ella y sólo me enteré de que traficaba en drogas cuando habíamos ido ya tres veces a la cama. Yo, entonces, era un técnico de los servicios de información que me estaban preparando para una misión en el interior de Asia. A consecuencia del escándalo, me echaron. Me dieron la patada en el culo. El tío Sam se llevó todos mis papeles de identidad a la letrina y se limpió con ellos.

—Todo eso lo dijeron los periódicos —murmuró el hombre del

«Rolls-Royce» mientras alzaba de nuevo su vaso—. ¿Pero por qué se metió en el tráfico de drogas? ¿Qué hizo?

—Sólo corresponder a lo amable que la chica había sido conmigo. «Lleva este paquetito a tal sitio, amor. Cuando vuelvas, tu hermanita Tarami será cariñosa contigo.» Yo sabía lo que era, pero lo llevé. Todo sea por los besos de hermanita Tarami. Tuve mala suerte, la policía esperaba al buitre al que yo tenía que dar el paquete y de rebote caí en la red. Me clavaron seis meses como intermediario, pero no delaté a la chica.

—¿Por qué no lo hizo?

Keldon se encogió de hombros. Por unos instantes apareció en sus ojos un extraño brillo negro.

—Bueno... Tampoco había por qué enredarla. Pensé que seis meses pasan pronto y que luego me cobraría los servicios prestados. Pero no había pasado un trimestre cuando me enteré de que los pedazos de Tarami habían sido vendidos a una fábrica de conservas de pescado de Yokohama. En fin, no fue exactamente eso, pero hubiera podido ser. La trituraron como con una máquina de hacer picadillo. Con grandes esfuerzos, decidí olvidarme de ella y largarme de este bendito país en cuanto pudiera. Hoy he salido y... y... Bueno, ya lo ha visto.

—¿Pero por qué han intentado matarle con tanto interés? Tampoco tiene sentido.

—Hum... No lo tiene y lo tiene. ¿Qué puedo decirle? Sin duda, ellos liquidaron a la chica porque sabía demasiado, pero al mismo tiempo piensan que ella debió decirme a mí algo muy importante antes de que me enchironasen. Nombres, direcciones y todo eso. En fin, deben creer que, mientras nos hacíamos el amor, ella me recitaba algo así como la guía telefónica. Y ahora tienen miedo de dos cosas: de que vaya con el cuento a la policía, cosa poco probable, o de que intente sacarles dinero por mi silencio, cosa perfectamente normal. Y le juro que lo haría. Les sacaría hasta las tripas, pero lo malo fue que Tarami no me dijo absolutamente nada.

Bebió otro sorbo de whisky y dio unos pasos por la habitación. Cada vez se daba más cuenta de los objetos de arte que atesoraba aquella pieza. Vendiendo sólo un par de ellos, un tío podía darse las grandes panzadas durante toda la vida. Pero, al fin, se volvió

hacia el desconocido y murmuró:

—He hablado yo. Ahora hable usted. ¿Cómo se llama?

—Sherman.

—¿A qué se dedica?

—Soy consejero y accionista de diversas industrias japonesas. Mis negocios son internacionales. Nací en Londres, pero desde los diez años ruedo por Oriente. ¿Le interesa a usted una entrevista con Mao Tse-Tung? Yo puedo proporcionársela. ¿Quiere usted un crédito de medio millón de dólares Hong-Kong en un Banco de Aberdeen? Yo se lo puedo proporcionar en media hora. ¿O prefiere la prostituta más joven y al mismo tiempo más corrompida de todos los lupanares de Macao? Pídamela. Yo sé su nombre.

—Por desgracia, no necesito ahora un crédito —dijo Keldon—. Sólo los ricos los necesitan y los saben emplear. Tampoco necesito al señor Mao Tse-Tung. No sabría qué hacer con él. En cuanto a la prostituta, sí que sabría qué hacer. Meditaré su oferta.

Sherman rio levemente.

—Veo que no ha perdido su humor, Keldon. Mejor para usted. Y ahora que sabe quién soy, le explicaré lo que hacía con mi «Rolls-Royce» color plata. Por cierto..., ¿sabe que ese coche se puede transformar en una verdadera alcoba? Pero a lo que iba: le estaba esperando a la salida de la cárcel para ofrecerle un trabajo, Keldon. Iba a abordarle cuando el del «Jaguar» ha volado hacia usted. Su manera de escapar a la muerte me ha convencido de que no estaba en un error. Es usted el pájaro que necesito.

—¿Va a ofrecerme un trabajo? —musitó Keldon—. Lo siento, no puedo aceptar.

—¿Por qué?

—¿No lo ve? Soy un inválido de guerra.

—No le dé a esa herida más importancia de la que tiene, Keldon. Y además no presuma: dentro de un par de días estará bien. Por otra parte, el trabajo que pienso encargarle es tan sencillo que un niño lo haría. Sé que lo puede realizar.

Keldon negó con la cabeza.

—No hay trato, amigo. No llevo más paquetitos a ninguna parte.

—Nadie le ha dicho que lleve nada.

—Sigue sin haber trato. Tampoco doy nombres ni direcciones. Si usted no tiene bastantes negocios y quiere meterse también en la mandanga de las drogas, llame a otra puerta. Ya le he dicho que la chica a la que hicieron picadillo no me contó nada.

Sherman negó con la cabeza suavemente.

—No es eso lo que pienso pedirle, Keldon.

—¿Pues qué?

—Algo más sencillo.

—¿Qué es?

Sherman le miró fijamente.

Tenía el vaso de whisky a la altura de los ojos.

Y dijo con voz opaca la cosa más inesperada que Keldon pensaba oír en todos los días de su existencia. Musitó sin dejar de mirarle:

—Que me mate...

CAPÍTULO III

KELDON sintió que resbalaba entre sus dedos el vaso de whisky. Hubiera podido sujetarlo con la mano izquierda en circunstancias normales, pero ahora su herida no se lo permitió. El vaso se estrelló contra el suelo.

—Lástima —dijo Keldon—. Era «Chivas» auténtico.

—Y el vaso era de cristal de Murano. En fin, no importa. Puedo pedirle a cualquiera de mis corresponsales que me traiga más —gruñó Sherman.

Keldon rio.

—En fin —dijo—. Gracias.

—¿Gracias por qué?

—El chiste ha sido bueno.

Sherman le miró otra vez fijamente, con una fijeza casi hipnótica, mientras decía de un modo lejano:

—No era un chiste.

Keldon miró la botella.

—No creía que ese whisky produjera efectos tan fulminantes —dijo—. Es la monda. Deberían dejar de anunciarlo por la televisión.

—No estoy borracho.

—Entonces dígame dónde está la puerta.

—¿Para qué?

—Con el dinero que me queda, aún puedo pagarme un pasaje a Hong-Kong. Una vez allí, me dedicaré a *coolie* o a macarra de una vieja que me pague bien. Es lo de menos. Abur. Encantado de conocerle.

Y fue a volverse.

Pero la voz metálica de Sherman dijo:

—Yo le he salvado la vida, Keldon.

—Ha sido... casualidad.

—De acuerdo, pero se la he salvado.

—O...oiga, señor Sherman. Calma... —Keldon hizo un gesto de impotencia—. Yo le haré el favor que usted me pida y no le cobraré nada por eso, pero no me venga con bromas ahora. Soy mayor de edad, y además un mayor de edad indeseable. Huelo mal. Doy asco a todos los que me miran. Si yo fuera un coche, me dejarían una multa en el parabrisas cada vez que saliese a la calle. O se me llevaría la grúa.

—Keldon, no hablo en broma.

—Pues mátese usted mismo. El suicidio es lo único que está al alcance de todo el mundo. Hay un catálogo estupendo de sistemas para elegir, y encima no paga impuestos.

—Me da miedo suicidarme.

Keldon se sentó con resignación en una de las butacas. De pronto le faltaban las fuerzas. Mientras aceptaba con la mano derecha el segundo whisky que le servían, preguntó en voz baja:

—¿Cuál es el problema, Sherman?

—Ya se lo he dicho: quiero morir y me falta valor para quitarme de en medio yo mismo. Eso es todo.

—¿Pero cuál es la madre del cordero? ¿Una enfermedad que le va a dejar tieso en cuestión de meses? No lo parece. Y, además, ahora todos los dolores se calman. ¿Negocios que van mal? Véndase todas las botellas de whisky que debe tener y tirará una temporada. ¿Celos? ¿Qué pasa? ¿Le engaña su mujer?

—Los motivos por los que quiero morir son míos, Keldon. Respétemelos.

Keldon rio otra vez sombríamente, mientras meneaba la cabeza. Le parecía que aquella situación le estaba ocurriendo a otro, no a él. Que era algo así como el ensayo para una comedia de Agatha Christie. Bebió otro sorbo para entonarse y dijo:

—Es muy melodramático. Sherman. No le creo.

—¿Por qué no me mata ahora mismo y se convencerá?

Le tendía la pistola con la que ya se había cargado a un hombre

cerca de Hibiya Park. Keldon no quiso ni tocarla. Gruñó:

—Guarde ese trasto.

—Sólo se lo he dado como prueba de que le estoy diciendo la verdad. La pistola está cargada.

—Ya lo he visto antes.

—Pero... Bueno, la verdad es que tampoco hubiera resistido ver que me apuntaba. Hubiese sido tan terrorífico como apuntarme yo mismo. Mi muerte tiene que ocurrir de otra forma. Tiene que llegar... sin que yo me dé cuenta.

—Usted está loco, Sherman.

—No diga lo que diría el portero de un bar. Invente algo más ingenioso.

—Lamento no tener más imaginación, pero está usted loco de atar. Es todo lo que se me ocurre.

Sherman fue hacia un secreter tallado en madera de teca y lo abrió. De él extrajo un grueso fajo de *yens*.

—Diga usted la cifra —murmuró.

—¿Por matarle? No hay cifra. No hay trato.

—Me habían dicho que era usted una especie de asesino profesional, Keldon. Y lo que he visto hace poco en la calle no ha contribuido precisamente a desechar esa idea.

—Pues le han informado mal, difunto de pacotilla. El hecho de que trabajara en los servicios de información no indica que fuera un asesino. Claro que en esta clase de cochino oficio uno tiene sus problemas... Pero son líos sin importancia. Cierta vez, en Beirut, una pandilla de fedayines me secuestraron cuando estaba con una chica porque creyeron que yo trabajaba para los judíos. A ella la descuartizaron y a mí trataron de hacerme hablar. Maté a siete antes de huir. Otra vez, en Saigón, me atrapó una organización paramilitar de la policía porque pensaban que yo estaba trabajando para los norvietnamitas. Total porque me encontraron en la cama con una espía del norte... Tuve que cargarme a tres policías antes de poder huir con la chica y seguir la fiesta en otra parte. No sé si me olvido de algo... ¡Ah, sí...! En un viaje que hice a Riad, en Arabia Saudita, secuestraron el aparato. Eran tres fulanos que querían ir a no sé dónde y degollaron a una azafata. Yo maté a dos y al otro lo envié fuera por la salida de emergencia cuando aún

estábamos a unos quinientos metros de tierra. Total, cosas sin importancia, como ve... No hay nada que le autorice a usted a pensar que un hombre pacífico como yo es un asesino.

Sherman apretó los labios.

—Veo que me habían informado bien, Keldon —dijo con voz inexpresiva—. Después de lo que me ha dicho, ¿cuánto quiere?

—Que me toque las narices —dijo secamente Keldon—. Cuando me hacen cosquillas, me gusta. Buenas noches.

Y se largó de la casa.

Con el escaso dinero que tenía, aquella noche se permitió el lujo de dormir en el Imperial Hotel, quizá el mejor de Tokio. Después de la cárcel, aquello era como entrar en el paraíso. Y encima hizo amistad con una azafata de la Japan Airlines que se empeñó en afirmar que los dos tenían la misma habitación.

Lástima que Keldon sólo aprovechó una parte. Lástima que no pudo acariciarla con la mano izquierda.

* * *

A la mañana siguiente abonó la cuenta, vio que le quedaba sólo un puñado de *yens*, atravesó el vestíbulo y fue hacia la puerta, más allá de la cual estaban los jardines del Palacio Imperial. Mientras andaba, hizo un rápido recuento de sus posibilidades de sobrevivir.

Más o menos eran éstas:

Podía buscar una vieja que le mantuviera.

Mal asunto, porque las viejas con pasta, aunque la gente crea lo contrario, tampoco abundan.

Podía buscar trabajo en cualquier empresa occidental establecida en Tokio.

Mal asunto también, porque empezarían pidiendo antecedentes y saldría más basura que la que cabía en los crematorios municipales.

Podía enrolarse en un barco que volviese a Estados Unidos, a través del Pacífico. Esa era quizá la mejor solución, siempre que el capitán del barco no fuese marica. Cierta vez, en el Caribe, había tenido que arrojar a un mar infestado de tiburones sólo por eso.

Iba recordando todas las compañías navieras que conocía, y ninguna de las cuales, seguramente, pediría informes suyos, cuando casi tropezó con aquellas piernas.

Keldon se detuvo en seco.

Sus ojos se volvieron cuadrados.

Porque las piernas eran de primera división.

Largas.

Torneadas.

Generosamente exhibidas hasta arriba.

Con medias «*Christian Dior*».

Con un no sé qué de encantador y decadente, de inocente y corrupto a la vez. Como a él le gustaban.

A Keldon le fascinaban las piernas que tenían historia.

Todo el resto del cuerpo estaba en armonía con aquellas extremidades. La cara ovalada y de tez muy fina. La cintura cimbreante y frágil. Las caderas sólidas, aptas para ser agarradas por los cuatro puntos cardinales. Las posaderas no se veían, porque la chica estaba sentada, pero había para imaginarlas.

Keldon pensó: «Lástima. Una secretaria cara que espera a algún mangante.»

Pero ella dijo quedamente:

—Señor Keldon.

—¿Eh? ¿Es a mí...?

—Le estaba esperando, señor Keldon.

—Es una excelente idea, pero creo que no tengo el gusto de conocerla.

—Me envía el señor Sherman.

Keldon se sentó en el borde de la mesita que estaba junto a ella. Miró las piernas con el mayor descaro. La nena de la Japan Airlines las tenía bonitas, pero algo cortas. Esta, en cambio, las tenía a la medida que necesitaba un hombre como él. Alargó la mano izquierda y sintió dolor en el brazo. Ella susurró:

—Me han advertido que estaba herido. ¿Cómo sigue?

—Fatal. Necesito un masaje.

—Quizá yo se lo pueda dar, señor Keldon.

—¿Qué es usted? ¿La fulana de Sherman?

Ella enrojeció levemente, pero ése fue el único signo de su turbación. Luego dijo con voz tranquila:

—Quizá.

—En ese caso la acompañaré. Puede que le dé algunos consejos sobre cómo tratar a un hombre que ya empieza a estar viejo.

La chica se puso en pie, con lo cual aún hizo más admirable su figura, y los dos avanzaron hacia la puerta. El «Rolls-Royce» color plata aguardaba junto a la acera. Keldon esbozó apenas una sonrisa.

—Por lo visto debe ser usted una fulana muy importante —dijo—. Le presta incluso el coche de la familia.

Ella no contestó. Se puso al volante e hizo rodar a poca velocidad el fabuloso coche hacia la zona de Kybashi, donde abundan los grandes almacenes y las oficinas de prestigio. Allí Tokio no parecía Tokio. Era una ciudad occidental como otra cualquiera, una especie de Osaka donde apenas se aspiraba el sabor oriental. Pero cuando se metieron por los callejones que están debajo de la autopista urbana de Sotobori, la cosa cambió. El «Rolls-Royce» color plata apenas pasaba por el estrecho laberinto. Pequeños comerciantes salían extrañados a ver el intruso que turbaba su silencio. Algunas deliciosas muchachitas se pegaban a la pared para no ser rozadas. Parecía como si el fabuloso coche nunca hubiera de salir de allí, pues una calleja sucedía a otra.

Llegaron entonces a la entrada de un recinto donde se leía: «Antigua fábrica de cerámica de Tojaído.» La puerta que permitía el paso de vehículos estaba abierta. Más allá no se apreciaba ninguna actividad.

Keldon musitó:

—¿Adónde me llevas?

—Sherman quiere verte aquí.

—¿Y los masajes?

—Todo llegará, si tienes suerte.

Pero Keldon no iba a tenerla. Apenas habían traspuesto aquella puerta, llegando a un patio que parecía vacío, cuatro gigantescos individuos que parecían campeones de sumo, la tradicional lucha japonesa, se abalanzaron sobre ellos. Los cuatro tenían cortas piernas y cortos brazos, además de un monumental estómago, pero en un combate que no requiriera movilidad debían ser invencibles. Se les veía capaces de levantar una tonelada apoyándola en su tripa. Y eso fue lo que hicieron con Keldon. Al abrir la portezuela, uno tiró de su brazo, le sacó de allí, le apoyó en su estómago y le

aplastó contra el «Rolls-Royce» como si quisiera convertirlo en una hoja de afeitar. Keldon tuvo la brutal sensación de que le acababa de arrollar una locomotora.

Mientras tanto, otro vino hacia él.

Le golpeó con la cabeza.

Tenía una frente que era de piedra.

Keldon sintió vértigo y tuvo que apoyarse en el «Rolls-Royce». Un golpe al hígado le hizo dar un salto. Notó que la boca se le llenaba de saliva amarga.

Pero lo peor era lo que estaba sucediendo con la chica. Dos de aquellas bestias habían caído sobre ella y la estaban desnudando. Sus zarpazos hacían volar las ropas, mientras los tres golpes seguidos que la muchacha recibió en la cara se la llenaron de sangre. No pudo ni gritar. Keldon tuvo la sensación de que le habían partido la boca.

Sus dientes chirriaron.

Una especie de furia homicida se apoderó de él.

Pero... ¡pero sólo podía disponer de la mano derecha!

La empleó sin contemplaciones cuando vio que otro de los gorilas se acercaba a él. Su inferioridad no le importó. Dio de lleno en la cara de aquel tipo y le pareció que cambiaba de color instantáneamente.

El cerebro de aquel fulano pareció moverse de sitio.

Todo su corpachón dio un giro de casi noventa grados antes de estrellarse contra una de las paredes.

Keldon se dispuso a golpear de nuevo.

El fulano que venía ahora a la carga se acordó de su madre.

Y en japonés.

La cosa fue tan larga que pareció como si a uno le llamaran hijo de zorra siete veces. Y es que los orientales son complicados hasta en eso.

Keldon le envió un gancho al estómago.

No fue difícil.

Cuando el estómago de aquel tío estaba en un sitio, el resto del cuerpo aún había de llegar por carta certificada.

Le vio encogerse.

Pero eso fue todo. Cabeza de Piedra atacó con la frente otra vez.

Keldon sintió que todo daba vueltas en torno suyo. Cayó de rodillas al suelo.

Le dieron entonces un punterazo en la sien.

Cayó bajo las ruedas del coche.

«Ahora me aplastarán... —pensó—. Claro que morir debajo de un "Rolls-Royce" no es tan triste como morir debajo de un "600"... Pero los condenados hijos de... de perra...»

A la mujer le habían dado también dos salvajes golpes, enviándola al suelo. Los cuerpos de Keldon y el de la preciosa hembra casi chocaron. Luego, tan bruscamente como había empezado, el ataque cesó. Quizá asustados porque podía llegar alguien, los cuatro gorilas escaparon en distintas direcciones. La soledad y el silencio volvieron a adueñarse del patio.

Keldon se puso en pie penosamente.

La cabeza aún le daba vueltas.

Con la mano derecha, ayudó a levantarse a la mujer. Ella tenía la boca empapada en sangre. Keldon le entregó un pañuelo y luego se sujetó el brazo izquierdo, desde el cual el dolor llegaba en oleadas hasta el cerebro. Al fin, se fue calmando.

Ella lloraba en silencio.

Lloraba de impotencia y de rabia. Intentaba cubrirse el cuerpo como podía, pero era inútil. La mitad de las ropas estaban destrozadas.

—No ha sido tan grave —dijo Keldon, intentando calmarla—. No han llegado a tocarle ninguna parte íntima.

—Sí, pero esos..., esos...

—¿Los conocías?

—No los había... visto nunca.

—¿Pues por qué estaban aquí?

—No lo sé... Puede que se hayan... confundido.

—Ese «Rolls-Royce» es difícil de confundir. Yo creo que sabían muy bien adonde demonios iban. ¿Tenía que esperarnos aquí Sherman?

—No. Yo había de telefonearle diciéndole que..., que le esperábamos nosotros.

—Pues me parece que ya no vale la pena llamarle. La cita se ha ido a la porra. Lo que debemos hacer es volver cuanto antes a su

casa. Toma mi americana. Al fin y al cabo, me la prestó él.

—¿Y tú qué vas a hacer?

—Conduciré en mangas de camisa. Puedo llevar el volante con la izquierda y cambiar de marcha con la derecha. Cúbrete.

Ella se tapó al menos por encima el vestido roto, de forma que su apariencia fuese correcta de ventanilla para arriba. Keldon echó un vistazo para darse cuenta de que allí no había nadie más y de que aquella fábrica llevaba quizá dos años sin funcionar. Como sitio para una encerrona, no tenía precio.

Abrió de nuevo la puerta, dio marcha atrás y salió. No resultó fácil conducir por los estrechos callejones hasta salir al edificio de la Bridgestone Gallery, pero desde allí ya no tuvieron problemas para alcanzar la jaula dorada donde estaba Sherman. Descendieron hasta el garaje.

Keldon dijo:

—Baja.

Y enseguida:

—Adiós.

Ella casi gimió desde el otro lado de la puerta:

—¿Pero qué haces? ¿Es que te largas?

—Sí. Y me llevo el «Rolls-Royce».

—¿Para qué?

—Lo dejaré en prenda en el cabaret más cercano —dijo—. Va a ser el único modo de poder pagarme un whisky...

CAPÍTULO IV

AUNQUE a cualquier hombre normal le hubiese podido parecer mentira, Keldon fue efectivamente a un bar de chicas. No era un cabaret, pero lo parecía. Una serie de viejas que habían conocido las glorias del Imperio nipón estaban allí al acecho del cliente, exhibiendo unas piernas que hubieran podido servir para el escaparate de una casa de ortopedia. Todas saltaron casi encima de Keldon cuando éste entró, pues era el único cliente que había puesto allí los pies aquella mañana.

Ni que hubieran adivinado que iba a llegar.

Pero el secreto no era tal secreto. Keldon sabía que en casi todos los bares japoneses donde hay señoritas, un peldaño cede levemente al ser pisado y enciende dentro una luz de aviso. Por eso casi ninguno de tales bares está a nivel del suelo.

Pero a Keldon no le importó.

Antes se había comprado un traje y una camisa nuevos en un almacén de confección, y volvía a tener un aspecto presentable. En su cartera, que llevaba en el bolsillo trasero del pantalón, no tenía más que los *yens* suficientes para un par de rondas. Tuvo que invitar a todas, y no sólo a una, según la costumbre, porque las chicas formaban un grupo compacto. Imposible separarlas sin permiso del dueño del bar. Este, después de haber despachado una cantidad prudencial de bebida, le «alquilaría» una, permitiéndole salir del local con el cliente. Y luego el cliente tendría que pagar a la tierna doncella. Y la habitación del hotel. Y la Biblia.

Luego aún hay quién dice que Japón es el último paraíso del macho.

Y es que ahora uno ya no puede cometer pecados en ninguna parte.

Pero a Keldon eso le importaba muy poco. No iba a llevarse de allí a ninguna de aquellas expectantes momias. Un par de horas después estaba dormido en el interior del «Rolls-Royce», sin más dinero que el necesario para comprar una caja de cerillas. Fue entonces cuando aquella mano se posó en su hombro.

Abrió los ojos.

Vio a Sherman.

Sherman tenía una mirada vidriosa y húmeda.

—Keldon —dijo con voz opaca.

Keldon apenas se movió.

—¿Cómo me ha encontrado? —preguntó por un lado de la boca.

—No es tan extraño. Este coche llama la atención incluso en una ciudad tan grande como Tokio. Y está mal aparcado.

—De acuerdo, Sherman... Quédeselo. He bebido mucho whisky, pero aún no he llegado a empeñar su cacharro. Deme un puntapié en el trasero, suba ante el volante y lárguese. Siempre podré conseguir que una de esas chicas de ahí abajo me mantenga.

—Podrían ser sus abuelas.

—Sí... Ya sé... Una me ha contado que se salvó de la bomba de Hiroshima porque estaba haciendo la «carrera» al otro lado de la ciudad. Y por entonces ya le había nacido su primer nieto.

—No exagere, Keldon. Hala, arreando.

Le hizo sentarse al otro lado y el propio Keldon condujo. Parecía muy abatido, pero era dueño de sus nervios. Llegaron al lujoso edificio en que vivía y dejaron otra vez el coche en el garaje. Sherman murmuró:

—¿Ha comido algo desde esta mañana?

—Bueno... He pegado un mordisco a una de aquellas chicas del bar, pero me parece que no he podido digerirla.

—Le invito a cenar. Vaya a esa sala y beba algo mientras tanto. Yo voy a hacer un par de llamadas telefónicas.

Keldon atravesó la puerta de la lujosa estancia que le habían indicado. Vio un fantástico bar con barra iluminada, vio una mesa de billar, otra de juego y un piano. Un club íntimo del sitio más elegante de Nueva York no hubiera estado decorado con tanto

gusto. Pero nada de aquello le importó al lado de lo que estaba un poco más allá del piano.

Porque otra vez se le mostraban aquellas piernas.

Generosas.

Audaces.

Largas.

Keldon se sirvió un Martini en silencio, eligiendo una de las botellas que había en el bar. Luego susurró:

—Este vestido te sienta mejor que el otro.

—Tal vez —musitó ella.

—Lo curioso es que aún no sé ni tu nombre.

—Me llamo Marta.

—¿Americana?

—No. Inglesa.

—Pues has hecho carrera, chata. Supongo que muchas inglesitas como tú, que han llegado hasta Japón de tumbo en tumbo, darían otra vez su virtud por ser las queridas de un tipo como Sherman.

—Tal vez.

—¿Cuántas queridas tiene?

—No lo sé.

—Pero tú debes ser la favorita...

—Espero que sí —dijo Marta inexpresivamente.

En aquel momento la puerta se abrió. Entró Sherman con una copa en la mano. Les miró alternativamente a los dos como si no comprendiera.

—Ah... —dijo—. Se han vuelto a encontrar... No sabía que Marta estuviera aquí. Ya me ha contado ella que los dos se han conocido en circunstancias muy dramáticas, Keldon.

—Sí. No ha sido una fiesta de sociedad, precisamente.

—Mi esposa está terriblemente afectada.

Keldon sintió que la mano se le crispaba sobre la copa.

—¿Su esposa...? —balbució.

Y miró a Marta. Entonces se llamó imbécil cien veces, se llamó mula, se llamó gusano. Hacía falta tener poca vista para no darse cuenta de que ella no era una mujer con tarifa. En Marta había algo distinto, algo que estaba muy a ras de tierra, pero también muy

alto. Algo que por fuerza tenía que hacer pensar en una situación digna y honrada. ¡Y él no lo había pensado!

Volvió la cabeza, lleno de confusión.

—Perdón, señora —musitó.

—¿Perdón por qué? —preguntó Sherman.

—Por nada.

—Considera una descortesía haberme dejado abajo, llevándose el «Rolls-Royce» —dijo Marta con voz indiferente—. Eso es todo.

Sherman se sirvió también una copa.

—He invitado a cenar al señor Keldon, Marta —dijo con un gesto de disculpa—. Siento no habértelo dicho antes, cuando ibas a cenar tú. De todos modos, si quieres acompañamos...

—No —murmuró ella con cierta sequedad—. No tengo apetito. Buenas noches.

Se levantó y se fue. En uno de sus brazos desnudos aún se apreciaban dos cardenales a causa de los golpes de aquella mañana. Sherman tomó con gesto pensativo un taco de la mesa de billar, hizo un par de carambolas y luego lo dejó. Al fin señaló una puerta acolchada que había un poco más allá.

—La cena nos espera —dijo—. No sé si a usted le gusta el estilo oriental, pero yo siempre como a la europea.

Cuando vio a las chicas que servían, Keldon pensó que le gustaban todos los estilos. Las preciosas muchachas servían con una eficacia, una prontitud y una eficiencia típicamente japonesa. Los platos eran de primera calidad. El champán era francés, pese a que la mayor parte del que se consume en Japón es champán de Crimea.

Sherman no probó apenas bocado.

Tenía la mirada perdida.

Al fin musitó:

—Bueno, ya lo ha visto.

—¿Qué es lo que he visto, Sherman?

—Como les es difícil atacarme a mí, atacan a lo que más quiero.

—¿Su esposa?

—Sí. Lo de hoy ha sido sólo un aviso.

—¿Quiere decir que irán más lejos?

—Me jugaría las manos a que sí. Iba a salir para el lugar de la

cita cuando he recibido una llamada telefónica. Me han dicho que en esta ocasión podría ver a mi esposa viva, pero que la próxima vez quizá no sería lo mismo.

Keldon apretó insensiblemente el borde de la mesa con sus dedos, hasta que se produjo un siniestro crujido.

—¿Por qué envía a su esposa con recados? —preguntó.

—Porque es la mujer más bonita que conozco.

—En eso tiene razón.

—Y sabía que usted iría hasta el fin del mundo con una mujer bonita, Keldon. Pero la cosa terminaba ahí; nos hubiéramos entrevistado en aquella vieja fábrica que hace años fue mía, y en paz. Quería insistir en lo mismo que le dije anoche. Y quería hacerlo sin testigos.

—¿Su esposa sabe lo que pasa?

—No exactamente. Sólo lo sospecha.

—¿Quiénes eran los tipos que nos atacaron?

—Matones alquilados, supongo.

—¿Alquilados por quién?

—No lo sé.

Los ojos de Keldon se entrecerraron.

—Menos bromas, Sherman. Si le están amenazando hasta ese extremo, usted sabe perfectamente quién es. Deme su nombre.

—No le interesa saberlo, Keldon.

—¿Por qué?

—No quiero meterle en este asunto más de lo estrictamente indispensable. Mi esposa no debe saber las razones que me impulsan a querer morir. Y no quiero que usted se las llegue a contar algún día.

Keldon apoyó ahora ambas manos sobre la mesa. Estaban solos. Las hermosas sirvientas se habían retirado. La luz maciza y densa de la única lámpara caía sobre los dos.

—Dígame cuáles son esas razones, Sherman.

—Son asunto mío.

—Y mío. Nadie que me deja baldados todos los huesos se va luego tan tranquilo a tomarse un aperitivo en el barrio de Ginzah. Explíqueme por cuenta de quién obraban aquellos hijos de perra.

—Por cuenta de Neilo Barin.

—Neilo Barin... ¿No es uno de los capitostes de los muelles de Yokohama?

—Sí. Él organiza huelgas cuando quiere. O las deshace cuando quiere. Lo mismo está a la izquierda que a la derecha. Trabaja con un grupo de pistoleros al estilo de los *rackets* norteamericanos. Realmente, aprendió esa magnífica técnica cuando era uno de los más aventajados alumnos de la Universidad de Columbia. No perdió el tiempo.

—¿Y qué tiene Neilo contra usted? Usted está muy arriba, Sherman. ¿Cómo es posible que un capitoste de los muelles pueda tratar de morderle?

—Sabe que mis negocios van mal. Yo... Bueno, esta casa, todos mis coches, mis viajes, mi ritmo de vida cuestan mucho dinero.

—Hable más claro, Sherman.

—Yo soy apoderado de grandes empresas internacionales.

—Lo sé.

—A veces manejo dinero que no es mío.

Keldon entrecerró los ojos.

—Me parece que sé por dónde va, Sherman.

—Antes vivía con más modestia. No son líos de mujeres, créame... Ni de juego. Me gusta Marta. Soy bastante moderado en mis costumbres, pero me gusta el lujo. Me siento incapaz de rechazar la compra de una auténtica obra de arte, por mucho que me pidan. He comprado cuadros, porcelanas, joyas... Todo con dinero que no era mío.

—Pues véndalo. Los cuadros y las porcelanas habrán subido ya de valor. Las joyas no puede quitárselas a su mujer, pero lo demás sí. Aligere un poco este palacio y pague. No es tan difícil.

—El que me está presionando no quiere eso. Sabe que podría acabar liquidando la deuda, por alta que sea.

—¿Pues qué busca?

—Mi hundimiento total. Que deje en sus manos todos los controles de las compañías que represento. Es decir, que dimita. Si explica lo que sabe, también me obligaría a dimitir, pero prefiere que lo haga sin escándalo. El tira y afloja es ése: quiere mi puesto y mi influencia, no mi dinero.

—¿Para qué?

Sherman rio silenciosa y tristemente.

—Después de la experiencia que usted tiene, no debería preguntar eso, Keldon —murmuró.

—¿Se trata de... drogas?

—Una organización internacional como la que yo muevo, con amistades en todas las aduanas del mundo y con una red de agentes comerciales que merecen el respeto de cualquier policía, es una plataforma que ni soñada para ganar en dos años más millones que en toda la historia de la mafia. Más de dos años no creo que les durara la cosa, pero mientras tanto... ¡qué cosecha! No podrían descubrirles de ningún modo. Sería un golpe tan perfecto que jamás hasta ahora pudieron ni soñar en él.

—Y Neilo Barin supongo que es sólo un instrumento, ¿verdad?

—Sí. Él trabaja para alguien que está más arriba.

—¿Quién?

—Le juro que no lo sé.

Keldon dejó en el aire aquel punto. Tenía la sensación de que Sherman estaba diciendo la verdad, y además ahora tampoco necesitaba ir tan lejos. Mientras volvía a apretar instintivamente los bordes de la mesa, susurró:

—Y para eso necesitan que usted se largue, ¿verdad?

—Sí.

—¿A quién debe recomendar para que le sustituya?

—Al propio Neilo Barin. Las compañías norteamericanas Saben que conozco el terreno. Aceptarán sin dudar a cualquiera que yo les proponga.

—En cuyo caso Neilo y los suyos tendrán en sus manos una red mundial como jamás pudieron soñar. ¿Cierto?

—Eso es exactamente.

—Saben que usted no puede ir a la policía porque tendría que decir la verdad —recapituló Keldon— y saben que en este país son ellos los más fuertes. En esas condiciones, ¿por qué no se larga, Sherman? ¿Por qué no les deja el campo libre?

—¿Dejar el campo libre a éstos?

—Tampoco hay razón para que quiera morir.

—Ellos buscan mi desaparición física o la desaparición de mi esposa. No hay opción. Hasta ahora no lo creía, pero lo de hoy ha

sido un aviso. Y ahora voy a ser del todo claro con usted, Keldon. Voy a decirle algo que no le dije anoche: Marta es tan importante para mí que haré cualquier cosa con tal de que no le pase nada. Cualquier cosa. Pero no puedo suicidarme, ¿entiende? Empezarían a hacer averiguaciones y surgiría todo, con el consiguiente descrédito para Marta. Lo que tiene que ocurrir es que alguien me mate. Entonces seré un héroe, entonces las compañías para las que trabajo le pasarán la pensión máxima, entonces ella quedará del todo al margen de los negocios y nadie meterá la nariz en los viejos asuntos. Lo que ocurra con la organización después de mi muerte, ya no me afecta. Si los traficantes de drogas consiguen ganar millones y millones, allá ellos. Lo único que quiero, y supongo que usted lo ha entendido muy bien, es que no le ocurra nada a Marta.

Keldon entrecerró un momento los ojos.

Casi le llegaba a conmover aquel hombre.

Su devoción por la compañera de su vida era total. Su desesperación había llegado a ser absoluta. Y lo peor era que no le faltaba razón: aquella misma mañana, sin ir más lejos, los cuatro esbirros a sueldo pudieron haber liquidado a Marta.

La pistola brilló quietamente sobre la mesa.

Era una «Baretta» del 9.

Buen petardo para aliviar las penas.

—Hágalo, Keldon —dijo—. Fije usted mismo el precio.

—¿Trata de que lo haga... aquí?

—Usted es un profesional.

—Y dale...

—Bueno. Digamos que, al menos, no es un angelito.

—Por esa misma razón siempre trabajo con las espaldas cubiertas, Sherman.

—¿Qué quiere decir?

—Si le mato me atraparán. Sería el asesinato más infantil que se haya cometido en Tokio desde la guerra.

—Lo que quiere es tener la huida asegurada, ¿no?

—Pongamos que es eso.

—De acuerdo. Yo le proporcionaré el dinero que me pida, un billete abierto para el país que más le guste y un coche siempre a su disposición para llegar hasta el aeropuerto de Tokio. Es usted el

que elige el día y la hora, de modo que tiene las máximas garantías de que el negocio le salga bien. Nunca un asesinato fue tan fácil, tan asquerosamente fácil. Está de acuerdo hasta la víctima...

Keldon miró al vacío sin decir una palabra. Sus ojos estaban perdidos en un punto imprecisable, bajo la luz maciza. Desde las sombras surgió un ceremonioso criado japonés para decir:

—Les serviré un poco más de Armagnac, señores.

Ni se dieron cuenta de que el licor caía en las copas.

Sherman susurró, mirando también al vacío:

—¿Acepta?

Keldon no contestó.

Se puso en pie.

—¿Puedo dormir en cualquiera de las muchas habitaciones de esta casa? —preguntó.

—Hay seis piezas para huéspedes. Elija.

—Y pensar que muchas familias japonesas viven en una sola habitación...

—Yo no soy una familia japonesa.

Keldon fue hacia la puerta mientras producía un chasquido con los dedos de su derecha.

—Siento que Marta no sea su querida —dijo.

—¿Por qué?

—Porque se la pediría en préstamo.

Sherman no se inmutó.

—Hay otras... El servicio, aquí en Japón, es todavía barato. Algunas de estas, chicas proceden de las heladas islas del Norte, donde antaño los campesinos vendían a sus hijas para prostituirse junto a los templos de Kioto. Hoy han cambiado mucho las cosas, por supuesto, pero algunas viejas tradiciones aún están enraizadas en el alma de la gente. Ninguna de esas muñecas se ofenderá si un tipo como usted le acaricia el lomo. Aún tiene la oportunidad de elegir.

Keldon negó con la cabeza.

—No me gusta aprovecharme de las ingenuas —susurró.

Y fue a salir.

Sherman dijo por entre sus dientes apretados:

—¿Ingenuas? No sea idiota... La más barata le cobraría

cincuenta dólares...

CAPÍTULO V

PARA encontrar a un tipo como Neilo Barin no hacía falta ir a los muelles de Yokohama, donde una multitud infatigable trajinaba en torno a los buques mastodónticos llegados desde todos los puertos del mundo. A Neilo Barin era más fácil verle en los consejos de administración de los Bancos de Ginzah, en los cafés elegantes del distrito de Akasaka y en las salas de masajes de la sugestiva zona de Tameike. Keldon supo todo eso mientras recordaba cosas que habían sucedido antes de que él entrara en prisión. En seis meses, apenas debía haber cambiado nada.

Mientras caminaba por Ginzah, pensó cien veces en quién podía estar detrás del agitador sindicalista. Él tenía muchos amigos entre los banqueros. ¿Alguno de ellos se había dado cuenta, tal vez, del fabuloso negocio que podía reportar la organización y el prestigio de Sherman? ¿Quién empleaba a Neilo como instrumento? ¿Dónde estaba?

Keldon sabía que las cosas no iban a ser fáciles.

Por supuesto, no pensaba matar a Sherman.

Al contrario, quería ayudarle.

Pero su propia situación era tan insegura que hasta el andar por las calles de Tokio significaba un peligro. No sólo tenía a sus espaldas seguramente a los que le habían atacado en compañía de Marta, sino que los que trataron de matarle al salir de la cárcel prepararían un nuevo golpe.

Y no era sólo eso.

También estaba la policía.

Huellas de los dedos de Keldon en el rifle que había matado al

hombre-mosca en el edificio en construcción. Sangre de Keldon en el callejón donde le habían herido en el brazo izquierdo.

Todo eso se analiza, ya se sabe. La policía podía dar en el clavo o no, pero en todo caso la probabilidad de que él estuviera perdido era bastante alta.

De modo que actuó sin tardanza.

Al día siguiente ya estaba vigilando a Neilo.

Sherman le había dado unos *yens*.

Con ellos se alojó en el hotel New Otani. El New Otani es un hotel de narices donde los haya. Tiene unos jardines que figuran entre los más cuidados de Tokio. Tiene restaurante con vista panorámica. Tiene habitaciones limpias como copas de cristal de Venecia. Tiene chicas que de vez en cuando envían a los clientes miradas nostálgicas. Y tiene la virtud, sobre todo, de que allí la policía no suele buscar a la gente.

Pronto supo Keldon que, al día siguiente, Neilo Barin iría a su sala de masajes acostumbrada, en el barrio de Tameiko. Era un pequeño local con unas cuantas chicas dulces y de cara cándida que fingían no saber nada y, en realidad, lo sabían todo. Sus manos estaban entre las más expertas de la ciudad, y no para hacer masaje deportivo precisamente.

Keldon estaba cerca de la puerta, oculto en un callejón, una hora antes de que Neilo llegase. Le vio descender de su «Toyota» rojo y dejar un guardaespaldas en la puerta. Una empleada le recibió en el hall. Era una empleada de apenas unos veinte años que llevaba medias negras y la falda abierta casi hasta las caderas, como una chinita.

Keldon entrecerró los ojos.

Buen panorama.

Buena tía.

Buen masaje el que se preparaba.

Keldon estaba en un sitio excelente para observar sin ser observado. Esperó unos minutos y luego se acercó al guardaespaldas. El club tenía dos entradas, una para el público general, que daba a una calle ancha y tenía un aspecto la mar de decente, pues se veía una fotografía de un tío con la mar de músculos y un cartelito que proclamaba: «Masajes deportivos. Entre

usted.» Pero por el callejón había otra entrada para las personas selectas. Allí no se veía ningún fulano con los brazos musculosos ni nada. Sólo se había visto a la niña con las medias negras.

Keldon se acercó.

Tenía el brazo mejor.

Pero aún no podía moverlo con fuerza.

El guardaespaldas clavó los ojos en él.

Era posible que le conociera.

Al menos le demostró enseguida su aprecio.

Porque hizo dos cosas.

Una: acordarse de su madre.

Dos: llevar la derecha a la funda axilar, donde, sin duda, llevaba la pistola.

Keldon movió el brazo que tenía útil. Si aquélla era una casa de masajes, no existía motivo para que él no lo diera. Hizo un amago como si fuera a despedir el puño, pero en realidad lo que disparó fue la pierna derecha. Eso engañó al guardaespaldas. De pronto el fulano, mientras sujetaba la pistola, sintió como si el seso le fuera a salir por la oreja izquierda. Pegó un brinco y chocó contra la pared. Aun así, con los ojos en blanco, logró sacar la pistola.

Nadie les veía en el callejón. Y si alguien les veía, fingía no enterarse de nada.

Tokio es una ciudad la mar de discreta. Pese a estar tan poblada, la enorme extensión de su superficie hace que no existan los agobios, y menos en los delicados callejones donde están los negocios selectos. Allí no se oyó más que el chasquido de los huesos del guardaespaldas. Pero la pistola llegó a apuntar a Keldon.

Este movió las dos piernas a la vez.

Fue un fantástico «salto inglés» de ésos con los que un defensa sembraría el terror en el área de penalti.

Los dos zapatos de Keldon dieron alternativamente en la derecha del guardaespaldas. La muñeca de éste se quebró. Se oyó otra vez un chasquido de huesos, mezclado ahora a un gruñido de dolor.

Keldon no perdió el tiempo.

Todo dependía de unos segundos.

Disparó el puño otra vez.

Su enemigo pareció quedar clavado contra el muro.

Sus ojos se volvieron definitivamente blancos.

Keldon lo sujetó por el cogote.

Lo arrastró hacia el interior.

Allí estaba la recepcionista de las medias negras.

Había cruzado las piernas.

La visión era fascinante.

La chica no se inmutó.

—¿Un cliente? —fue todo lo que dijo.

—Sí, pero éste ya ha recibido el masaje.

—¿Qué ha sido? ¿Una riña?

—Usted lo sabe muy bien, nena. Sabe perfectamente que no ha sido una riña de las que a veces hay por aquí.

Y tendió como un rayo la mano derecha.

La chica iba a sacar el revólver del cajón central de la mesa.

Y no era precisamente un cacharro pequeño. Se trataba de un mastodonte antiguo, pero terriblemente eficaz. Un «Smith & Wesson» tipo «New Century Special», calibre 44, cañón de 190 milímetros. El petardo pesaba nada menos que 1.800 gramos. Una bala de aquéllas enviaba los sesos de la víctima al otro lado de la habitación.

Menos mal que Keldon lo había visto a tiempo.

Masculló:

—Demasiado pesado para ti, nena.

El golpe envió el revólver contra la pared. La chica gimió. Los dedos de acero de Keldon se cerraron en torno a la deliciosa garganta femenina.

Con un solo gesto podía quebrarle el cuello.

La chica le miraba con ojos aterrados.

Al echarse hacia atrás, enseñaba más y más las piernas. Pero Keldon no se fijó en ellas. Con voz helada murmuró:

—Vas a decirme dos cosas, muñeca.

—¿Cu...cuáles?

—Una de ellas, dónde puedo meter a este pájaro para que no moleste.

—Hay... hay una sección de baños turcos.

—Pues vamos allá.

La chica se puso en pie y abrió una puertecita. Se veían dos cámaras iguales, con las paredes alicatadas de porcelana fina. En cada una de ellas había un gran aparato para baños turcos de alta temperatura, uno de esos aparatos que recuerda a una lavadora automática. El cliente se mete dentro y saca la cabeza por el hueco. Cuando se da vapor, el cuerpo se derrite en su propio sudor mientras la piel aguante.

La chica abrió una de las cajas.

Dentro cabía el pájaro.

Keldon lo metió.

—No logrará salir de aquí —dijo ella—. Puedes estar tranquilo.

Y cerró la caja.

Keldon hizo un gesto afirmativo. Su enemigo no corría ningún peligro allí, aunque estaba tan prisionero como si lo hubieran metido en una celda de castigo.

La chica parecía dispuesta a no ofrecer resistencia.

O quizá esperaba su oportunidad.

De los orientales uno no puede acabar de fiarse nunca. Siguen sonriendo mientras le arrancan a uno la piel a tiras. Lo meten a uno en el cementerio con toda delicadeza. Y hasta depositan sobre la tumba un ramito de papel. En fin, que te trincan mientras te están deseando un feliz Año Nuevo.

Keldon gruñó:

—Y ahora vamos por la segunda cosa: ¿dónde está ese pájaro?

—¿Qué pájaro?

—Sabes perfectamente que me refiero a Neilo Barin. Ha venido a que le dieran un masaje y yo quiero ayudar. Soy un buen amigo.

—Está en... en la Cámara Imperial.

—Ah... ¿Tenéis Cámara Imperial y todo?

—Es la que empleamos para los clientes selectos. Y Neilo Barin lo es.

—Acompáñame.

—No... no sé quién eres, pero estás cometiendo una locura. En este sitio no admitimos que se toque a los clientes.

—Ya he visto que están bien protegidos. Hala, arreando. Llévame a la Cámara Imperial a ver si a mí me dan también masaje

en el pie derecho.

Ella comprendió que, por el momento, no podía resistir. Le precedió hasta una puerta acolchada que no dejaba oír los grititos de placer. La puerta fue empujada. Keldon se encontró de pronto en un mundo de lujo, en un mundo de belleza, de espejos, de refinada corrupción, de placer secreto.

Neilo Barin estaba con dos masajistas.

Buenas chicas.

Buen ambiente.

Buen masaje, aunque no era de los que hacen fuerte a un hombre, sino de los que le dejan hecho polvo.

Las dos inocentes nenas lanzaron un grito.

Pero fue de placer.

Pensaron que allí se iba a organizar una juerga por todo lo alto, ya que entraba su compañera con un tío. ¡Y qué tío...!

Pero Neilo Barin lanzó una maldición.

Se movió como un rayo.

Fue a disparar un pie contra el bajo vientre de Keldon. También él, por lo visto, sabía dar «masaje».

Pero Keldon sujetó aquel pie cuando estaba a punto de alcanzarle. Lo levantó. Su enemigo dio una espectacular vuelta de campana mientras se estrellaba contra uno de los espejos, que quedó hecho polvo.

Neilo Barin salió rebotado.

Y se encontró en el aire con aquella especie de zarpa de hierro.

Su garganta pareció quebrarse.

Era un auténtico garfio lo que le estaba sujetando.

Keldon lo apoyó en uno de los espejos. Teniéndolo así, podría ahogarlo con una leve presión. Lo ojos del fulano estaban desencajados.

Ninguna de las chicas se movía.

Quizá pudieron haber ayudado a su cliente, pero no se atrevieron. Aquella especie de buitre que acababa de entrar les desconcertaba y al mismo tiempo les fascinaba. No podían evitarlo. Aquello, para las tres, era una especie de siniestro espectáculo que les hacía brillar los ojos de contenida emoción. Ya estaban hartas de clientes gordos que se dejaban tocar el ombligo como

prolegómeno de otras actividades. Aquello les interesaba muchísimo más. Estaban boquiabiertas.

Keldon susurró:

—Vamos a tener una conversación muy interesante, Neilo Barin. Puedes hacer dos cosas: seguirme la corriente, en cuyo caso puede que quedes entero, o ponerte idiota, en cuyo caso el masaje te lo daré yo. De modo que elige.

Neilo Barin barbotó:

—¿Qué... quieres?

—En primer lugar contarte una pequeña historia.

—Cu...cuéntala. A lo mejor nos reímos todos...

—Existe un fulano llamado Sherman.

—Lo conozco. Tiene... fantásticos negocios... Y un «Rolls-Royce» de los que quitan el hipo. Y una mujer con la que uno piensa que valdría la pena tener gemelos... una vez al mes.

—Como elogio no está mal, aunque quizá ella acabaría aburrida. Y ahora sigamos: a lo que parece, Sherman no es demasiado amigo tuyo.

—Al contrario. Hemos sido socios en algunos asuntos de importación y exportación.

El garfio de hierro se cerró aún más sobre la crispada garganta de Neilo Barin.

—¿Bromeas? —susurró Keldon.

—No..., no bromeo. Claro que no, hijo de perra. Los grandes comerciantes occidentales que hay aquí... nos ayudamos a veces uno a otros. Sherman me ha necesitado como yo le he necesitado a él.

—De acuerdo. Voy a creer eso, porque sustancialmente no varía las cosas. Y ahora vayamos a lo que interesa: la organización de Sherman es formidable. Tiene agentes en todo el mundo, y esos agentes gozan de amplios créditos bancarios y además son respetados por la policía.

—¿Quién dice lo contrario?

—Claro que no dices lo contrario, puesto que tú lo sabes muy bien, pichón. Te interesa llegar a dirigir esa organización para usarla a favor de tus propios fines. Esos fines no quiero mencionarlos ahora, aunque están muy claros.

—Por supuesto que me gustaría... hacerme con esa organización. ¿Ya quién no?

—Perfecto, Neilo, pero estás empleando métodos que no me gustan. Son esos métodos rastreros los que me han obligado a venir aquí.

Se hizo más fuerte la presión de los dedos de su derecha. El otro boqueaba. Keldon continuó con voz inflexible:

—En teoría hay varios sistemas para hacerse con la organización de Sherman, después de desplazarle a él. Uno de los sistemas, el más elemental, sería matarlo, pero eso no te conviene. Si matas a Sherman, él no podrá recomendarte como sustituto. En consecuencia, tienes que usar el chantaje.

—No sé... de qué... infiernos hablas.

Keldon ya daba por descontado que el otro no reconocería sus culpas, de modo que no le hizo maldito caso. Sin dejar de apretar y de ahogarle lentamente, susurró:

—El chantaje que le haces tiene un camino sencillo: posees pruebas de que ha invertido el dinero de las compañías en caprichos propios. Él podría devolver parte de ese dinero, aunque no en breve plazo porque vender las obras de arte que ha comprado tampoco se puede hacer en un día. Pero, aunque estuviera en situación de devolverlo, el problema sería igualmente grave para él. Las compañías a las que representa no otorgarían ni un minuto más la confianza a un hombre que se ha permitido usar fondos que no eran suyos. De modo que, si tú usas las pruebas que tienes, le hundes. Pero no lo has hecho. Le has presionado para que dimita antes y te recomiende a ti como su sucesor.

—Me... mentira. Mentira puñetera... ¡Estás loco!

Keldon no le hizo maldito caso.

—¿Tú qué vas a decir? —gruñó.

Y continuó, tras golpear levemente contra el espeje la cabeza de su enemigo:

—Él se resiste, porque sabe muy bien en qué clase de actividades emplearías tú su red comercial. Y se resiste también porque sabe que no vas a obtener ningún beneficio propio exhibiendo las pruebas que tienes. En consecuencia has cambiado de táctica. Has amenazado con matar a su mujer.

Las facciones de Neilo Barin se habían vuelto de color granate.

Balbució:

—Sigues estando lo... loco de atar...

—Bueno, muchacho... Puede que yo esté loco, pero hasta ahora la historia tiene una marcha muy lógica. Y te voy a explicar para qué estoy aquí. Estoy aquí para recomendarte una sola cosa, Neilo Barin: no sigas metiendo las pezuñas en esto. Deja en paz a Sherman, y, sobre todo, a la mujer de Sherman. Abandona tu plan. Ya ves si es sencillo que no te pase nada: esconde las pezuñas y lárgate. De lo contrario voy a tener que matar a alguien, y me da en la nariz que ese alguien podrías ser tú. Ahora tómate una aspirina.

Y por poco le hace estallar la cabeza contra el espejo. El espejo se partió en cien pedazos.

La cabeza casi.

Pero Neilo no había perdido el conocimiento. Aquella mezcla de japonés, de británico, de malayo y de turco (pues sus padres podían haber sido todos éstos) estaba loco de ira. Cayó al suelo hecho un ovillo mientras rechinaban sus dientes.

Desde allí barbotó:

—Pa...pagarás esto, maldito perro.

Keldon le dio un puntapié.

Le envió al otro lado de la sala.

Luego dijo con voz que, de pronto, se había vuelto casi amable:

—Es un aviso, Neilo Barin. Un aviso muy amable, pero con una cosa de malo: no volverás a tener otro. Y ahora piénsalo bien antes de dar un paso en falso. No sé si te has fijado en lo deliciosos y poéticos que son los cementerios de Tokio.

Y dio media vuelta para salir.

Las chicas seguían paralizadas.

Aquella especie de «masaje» que habían visto les parecía bastante mejor que el que daban ellas.

Una de las ninfas susurró:

—¿No quieres una sesión?

—¿De qué?

—De lo que sea, macho.

—Puede... —gritó pensativamente Keldon—. Aunque uno ya

empieza a hacerse viejo y se queda hecho polvo.

—¿En qué hotel te hospedas?

—En el New Otani, habitación 711.

—Iré a verte —musitó ella.

Y añadió mientras giraba hacia uno de los espejos, sonriendo deliciosamente:

—Tómate un reforzante...

CAPÍTULO VI

CUANDO KELDON hubo salido de allí, el ovillo en que se había convertido Neilo Barin se fue desentumeciendo. Sus ojos estaban desencajados y no conseguía cerrar la boca. Le pasaba como a los que han estado unos minutos colgando de la horca: si la cerraba, ya no podía respirar. Al fin se pudo poner en pie, apoyándose en los divanes que había junto a los espejos.

La chica de las medias negras balbució:

—No he podido evitarlo, señor Barin.

—¿Cómo... ha entrado?

—Cargándose al guardaespaldas.

—¿Y tu revólver?

—También se lo ha cargado.

—¿Y no has podido hacer nada más?

—Es que se me ha cargado.

Neilo Barin le largó un zarpazo, pero ella pudo esquivar.

—Parece como si todo eso te hubiera gustado, maldita...

—No..., no es que me guste, señor Barin, pero las cosas son como son. Están escritas en el destino.

—¿También está escrito esto?

Neilo Barin sujetó el látigo que descansaba sobre una de las mesitas. Lo descargó rabiosamente dos veces contra el cuerpo de la japonesa.

Ella se mantuvo quieta.

Lo aguantó todo.

Estaba dispuesta a aguantar lo que fuese.

En una ciudad como Tokio, los hombres normales se mueren de asco, como en todas partes, pero un supermillonario tiene ciertos privilegios que quizá no encontraría en Occidente. Y Neilo Barin era un supermillonario.

Dejó caer el látigo con una mueca de hastío.

Las japonesitas le fastidiaban en eso: en que no se quejaban nunca. Con mujeres que parecen muñecas de cera, no hay quien dé interés a la cosa.

—¿Dónde está mi guardaespaldas? —gruñó.

—Ese tipo lo ha encerrado.

—¿En qué sitio?

—En un aparato para baños turcos.

—¿Con la cabeza dentro?

—Pues claro...

A los labios de Neilo Barin asomó una sonrisita diabólica.

—Vas a hacer una cosa —ordenó a la chica a la que acababa de golpear.

—Diga, señor.

—Da todo el vapor. Que salga hirviendo.

La chica apretó un momento los labios.

Conocía todo el horror que aquello significaba. ¡Vaya si lo conocía...!

Pero no se inmutó.

—Se hará lo que usted diga, señor —dijo—. Imagino que los que fracasan tienen que ser castigados.

Y volvió hacia la sección de los baños turcos especiales. Dentro de la caja metálica, el fulano empezaba a recobrar el conocimiento.

Tanto peor para él.

La chica dio gas a toda presión y a toda temperatura.

El alarido que se oyó dentro fue infrahumano.

Pero la figurita de porcelana no se inmutó.

Sólo se fijó en que se le había destensado una de las medias.

—¿Quiere usted algo más, señor Barin? —musitó.

—Nada... —dijo el otro babeando de placer—. Es bastante.

—Pues entonces me voy.

—¿Adónde, maldita?

—A dar un masaje al hotel New Otani. He de hacerlo mientras a aquel hombre le duren los efectos del reconstituyente. Porque va a quedar listo...

Y salió moviendo las caderas. Viéndola andar, uno pensaba por qué demonios no envió el emperador a las japonesitas a conquistar Asia en la Segunda Guerra Mundial. Sin disparar un tiro, se lo hubieran llevado todo por delante.

CAPÍTULO VII

KELDON avanzó pausadamente por el jardín silencioso.

Todo tenía esa quietud, esa calma, de los rincones que los japoneses han creado para el canto de los pájaros, el crecimiento de las flores y el reposo de los hombres.

La lluvia caía mansamente.

Al fondo estaba la casa de té.

Más allá del sendero enarenado se insinuaban los tabiques de bambú, los delicados cojines de seda, las formas turbadoras de las mujeres. Alguien, en un lugar invisible del jardín, hacía sonar un laúd. Se tenía la sensación de que la trepidante Tokio quedaba muy lejos, de que el mundo entero había conseguido llegar a un punto de reposo en que uno podía ver crecer los pájaros entre los árboles. Sus propias pisadas le daban a Keldon la sensación de estar sonando muy lejos.

La japonesita envuelta en su quimono recorrió el tabique de bambú.

—Entre, señor.

—Me ha citado una señora.

—Sí, ya sé.

La casa de té, que era mitad confesionario pagano y mitad casa de citas, permanecía a media luz. Había rincones deliciosos donde uno podía hablar de sus problemas más íntimos. En la claridad quieta de uno de aquellos rincones estaban los ojos de Marta, las manos ansiosas de Marta y, por descontado, las curvas obsesionantes de Marta. Ella, con su sola presencia, parecía llenar la casa entera, el mundo entero.

Keldon se sentó en cuclillas frente a ella.

Aún se sentía muy flojo después de la sesión de masaje en el hotel New Otani.

Claro que la japonesita también debía estar hecha polvo.

No se sabía quién había dado más masaje a quién.

Keldon se sentía avergonzado de repente.

Todo aquello le parecía miserable, si lo comparaba con la limpieza y con la rectitud de Marta.

—No debiste citarme aquí —dijo.

—¿Por qué no? Es un sitio discreto. Muchas mujeres occidentales citan aquí a sus amantes para proyectar cosas que sus maridos no imaginan siquiera.

—Pero yo no soy tu amante. Y algo me dice en tus ojos que no me has llamado para eso. Tienes la mirada dura. No estás pensando en una cama, sino en una cosa muy distinta: estás pensando en un ataúd.

La japonesita de servicio les había acabado de servir el té. Se retiró en silencio, andando de espaldas y haciendo reverencias. El tabique de bambú se corrió de nuevo. Los dos quedaron envueltos en la discreta penumbra.

—Sí —dijo Marta quedamente—. Pienso en un ataúd. No puedo evitarlo. Es algo que me obsesiona.

—¿Por qué me has citado?

—No sé. Ha sido... un impulso.

—Es un impulso que nada tiene que ver con tu sexo, Marta, sino con tu miedo. Más vale que seas sincera de una vez.

—Vi que..., que seguías a Neilo Barin.

—¿Y cómo lo viste?

—Porque yo te sigo a ti.

—Pues sí que estamos arreglados... ¿Y a ti quién te sigue?

—Me parece que a mí nadie.

—¿Qué sabes de todo esto, Marta?

—Sólo que mi marido está en un lío.

—¿Conoces los límites de ese lío?

—No todos. Pero imagino que alguien —seguramente Neilo Barin— quiere que deje la dirección de las compañías que controla en Tokio.

Keldon dejó de mirarla. Seguramente ella no sabía hasta qué punto era grave el asunto. Seguramente no sabía que Sherman estaba dispuesto a morir artes que a ceder, porque de ese modo a ella le corresponderían una serie de elevados derechos. Puesto en esa situación sin salida, al menos la dejaría convertir a ella en una viuda multimillonaria. Tanto había llegado a quererla aquel hombre.

No, eso seguramente no lo sabía Marta.

Keldon dijo con voz opaca:

—Sí. Alguien quiere que tu marido deje los controles comerciales que tiene en sus manos. Se trata de un poder que abarca casi todo el mundo y que interesa mucho pase a manos de otros.

—¿Para qué?

—Imagina que esa red comercial es usada para un tráfico clandestino. Por ejemplo para el tráfico de drogas a escala universal.

—Dios santo...

—Bueno, ése es el lío en que está metido marido. Creo que conviene que lo sepas, por si él no te ha dicho nada. Pero yo no voy a soltar una palabra más. En realidad, nada más sé —mintió Keldon.

—¿Y él... te ha contratado?

—No exactamente.

—Pero te ha dado dinero...

—Pongamos que ha sido un préstamo.

—Hum... Mi marido no presta nada a desconocidos, y menos si esos desconocidos acaban de salir de la cárcel. Por lo menos esa parte de la historia la conozco, Keldon. No me digas que te hospedas en el New Otani y tienes unos cuantos billetes grandes en los bolsillos a cambio de nada.

Keldon sonrió quedamente. Bebió en silencio un sorbo de té.

—Está delicioso —dijo—. Aquí, en Tokio, lo preparan mejor que en Seúl y en Pnom Penh.

—¿Estuviste en Seúl y en Pnom Penh?

—Sí. En la cárcel.

—Keldon, por favor... A ver si me dices la verdad. ¿Para qué te

ha contratado mi marido?

—No es que me haya contratado —dijo él secamente—. Me ha pedido un favor que no le haré. Pero aparte de eso, me he dado cuenta de que tú corres un peligro. Lo supe cuando aquellos cuatro salvajes por poco te violan delante mío. En cualquier otro momento, eso ocurrirá; te liquidarán sin que nadie pueda defenderte. Esta ciudad donde todas las caras son iguales, donde las calles no se terminan nunca, es una auténtica selva. Acabarás en un ataúd de lujo, y es eso lo que quiero impedir. Por eso seguiré interviniendo en el asunto, aunque tu marido no me pague nada.

Ella entrelazó los dedos.

Le miraba fijamente, con cierta ansiedad secreta.

—¿Por defenderme? —susurró.

—Pongamos que sí.

—Pues empieza por defenderme ahora, Keldon.

—¿De qué modo?

—Diciéndome qué clase de favor te ha pedido mi marido. De verdad... Tengo miedo. Te juro que tengo miedo.

Los ojos de Marta estaban clavados ansiosamente en él. Eran unos ojos dulces, claros, limpios, casi inmensos, donde palpitaba el sufrimiento. Keldon crispó los puños con rabia pensando hasta qué punto tenía derecho a mentir. Porque, al fin y al cabo, ella estaba también metida en la ciénaga, aunque no quisiera. Estaba metida hasta el cuello.

—Marta —susurró—, voy a decirte la verdad.

—¿Qué clase de verdad?

—Tu marido está desesperado. Sabe que no puede protegerte.

—¿A mí?

—Sí. Para obligarle a ceder te atacarán a ti, que es lo que más quiere en el mundo. Y lo del otro día en la vieja fábrica de cerámicas se puede repetir. Él sabe que no puede defenderte.

—Que llame a la policía...

—Tonterías. No van a ponerte guardias de vista hasta en el cuarto de baño. Sin pruebas y sin una acusación formal contra alguien, ¿qué crees que va a hacer la policía? Atenderán a tu marido con la clásica cortesía japonesa, pondrán a un fulano medio aburrido delante de vuestra casa y en paz. El que quiera matarte

podrá hacerlo con tanta facilidad que hasta le resultará aburrido. Hasta le dará asco.

—Bueno, pues puede... enviarme fuera de Japón.

—Peor aún. Matar a una persona que está de viaje resulta sencillísimo. Y contratar a un asesino para que te despache en cualquier lugar del mundo, más sencillo todavía.

Ella le miró aterrada.

Sus ojos reflejaban todo el miedo, toda la desorientación que sentía.

—Bueno... —bisbiseó la preciosa mujer—. Y si él cree de verdad que no puede salvarme, ¿qué piensa hacer?

—Morir. Mejor dicho..., hacer que le maten.

Ya estaba dicho. En el momento de pronunciar aquellas palabras ya se arrepintió, pero no había podido soportar la mirada de la maravillosa mujer, llena de ansiedad e incertidumbre. Era mejor que ella al menos supiera la verdad, aquella verdad a un tiempo sublime y cochina. En un asunto con tantas esquinas negras, no valía la pena mentir.

—Él te quiere mucho —bisbiseó Keldon, aunque en el fondo hería sus propios sentimientos—. Te quiere tanto que no le importa reventar con tal de que las compañías para las que trabaja te den los máximos derechos, las más altas pensiones. Y de ese modo salva también tu vida, porque cuando él haya desaparecido ya nadie te perseguirá a ti. Pero tienen que matarle, ¿entiendes? Tienen que matarle. Un suicidio no sirve. Ha de haber un cerdo que le clave una bala entre las cejas..., con conformidad suya.

Ella le miraba, aterrada.

En sus ojos brillaba una lucecita.

Sus manos aferraban los bordes de la mesita lacada con una especie de muda desesperación.

—¿Y ese cerdo eres tú? —bisbiseó.

Keldon se encogió de hombros.

—Al menos me lo ha propuesto —dijo—. Ya se sabe: a un aventurero como yo, lleno de roña por todas partes, se le puede proponer cualquier cosa para salir de la miseria. Incluso que mate. Me lo dijo poco después de mi salida de la cárcel, e incluso me dio el arma. Mírala

Puso la pistola sobre la mesa. Aquel objeto metálico brilló sobre la laca como un animal maligno. La mujer retiró las manos poco a poco, como si sólo al mirarlo tuviera ya una sensación de asco.

—Un tipejo como yo —continuó Keldon mientras la guardaba de nuevo—, no puede conseguir armas fácilmente ni siquiera en Tokio, y por eso él me la facilitó. ¿Sabes cuál fue su propuesta? Que le matara sin que se diese cuenta. Ha llegado a comprender que es un hombre sin salida, pero al mismo tiempo tiene miedo a morir. Es muy humano. Lo que ignora es que yo no le mataré.

Marta echó un poco el cuerpo hacia atrás.

Sus ojos seguían chispeando con angustia. Sus facciones habían palidecido. Ahora volvía a tener que apoyar las manos en la mesa.

—¿De veras... no vas a hacerlo? —bisbiseó—. Te habrá ofrecido... mucho dinero.

—Me pidió que yo mismo fijara la cantidad, pero no lo hice. Sólo le he pedido unos billetes para hacerle creer que me acabaré decidiendo, aunque mi propósito es otro. Voy a romper la tela de araña. Voy a libraros de ella.

Marta preguntó con un hilo de voz:

—¿Por qué...?

—Supongamos que porque él me salvó la vida.

—No..., Keldon.

—¿Qué te hace creer que no?

—Eso lo haces porque... Lo haces porque...

No se atrevía a continuar. Le miraba fijamente, con una mirada tan intensa que casi hacía daño. Las delicadas uñas arañaban insensiblemente la laca de la mesa.

Su voz parecía acariciar el aire.

Dijo como en un suspiro:

—Lo haces por... por...

—¿Por qué?

—Por mí...

Keldon se puso en pie. No sabía estar tanto tiempo sentado a estilo oriental, delante de la mesita baja. Su alta estatura hizo que su cabeza casi rozara el techo de bambú, ideado para hombres mucho más bajitos. Ella también se puso en pie, sin dejar de mirarle, como si estuviera hipnotizada. Sus curvas armoniosas, su

pecho agitado, sus labios en los que palpitaba la ansiedad se dibujaron a la delicada luz que parecía llegar del fondo de un jardín. Una luz donde había un leve reflejo amarillo.

Keldon bisbiseó:

—Supongamos que hago todo esto porque soy un bicho raro. Porque siempre he estado metido en líos. Porque, en el fondo, esto me gusta.

Ella negó con la cabeza.

—No, Keldon. Lo que te gusta es otra cosa.

—¿Qué?

—Yo.

Y adelantó un poco los labios ardientes, ávidos, rojos. Adelantó su cuerpo de diosa. Le ofreció una boca entreabierta en la que la gratitud se mezclaba a una especie de pasión secreta.

Él la besó.

Sabía que no debía hacerlo.

En el fondo se avergonzaba.

Pero la besó dos veces.

Y hasta tres.

Y hasta la hubiera apoyado contra la pared para apretarla con fuerza, de no haber tenido miedo de derrumbar la casa de té completa.

En según qué sitios de Japón, uno no puede entusiasmarse o se carga todo un barrio.

Cuando se separaron, Marta susurró:

—Gracias.

—No debías haberme recompensado de ese modo, Marta. Nadie te había pedido nada.

—Lo sé. Pero ha sido un impulso.

—Pues procura no tener más impulsos con los tipos como yo. Te expones a acabar en la cama de una habitación pagada por horas.

Y salió de allí.

La dejó con la palabra en la boca.

Marta bisbiseó:

—¡Pues sí que...!

Y sólo cuando él hubo marchado se atrevió a balbucir:

—No sabía que ahora se pagaban por horas esos sitios. Creí que los alquilaban por días...

CAPÍTULO VIII

LA mujer entró en el despacho caminando de puntillas, como las japonesas de otro tiempo, y con el cuidado de una mujer llena de virtudes procuró no rozar ni siquiera la alfombra. En este mundo tan lleno de gente hay que ser limpio, muy limpio; hay que ser educado, muy educado... Se inclinó al menos tres veces ante la mesa y dijo como si estuviera ante el mismísimo Hiro Hito:

—Buenos días, inspector Yamashita.

El inspector Yamashita, de la Policía Imperial, el mismo que había acompañado a Keldon al salir de la cárcel, se irguió sobre sus piernas arqueadas y cortas e hizo una reverencia también. Había enviado a aquella mujer a la cárcel media docena de veces, pero lo cortés no quita lo valiente. Con voz velada preguntó:

—¿Es que ha habido novedades, mamá Len?

Mamá Len, que tenía una casa de té en lo más selecto del viejo barrio de Hibashi, junto al río Sumida, hizo un gesto afirmativo con la cabeza y sacó de debajo de su quimono el diminuto magnetófono a pilas. Si los japoneses son unos genios en los aparatos electrónicos, no había motivo para que ella no fuese una buena cliente de los productos de su propio país. Lo puso ante la mesa y lo hizo funcionar. En la mesa del inspector Yamashita sonó con nitidez toda la conversación que habían tenido la noche anterior una dama llamada Marta y un aventurero llamado Keldon.

Yamashita no se inmutó. En su arrugado rostro de viejo jefe de pelotón de ejecución no hubo ni la crispación más leve.

Ella desconectó luego el aparato.

Y le entregó la cinta.

—Ya sabe que yo colaboro siempre con la policía, inspector —dijo—. Mamá Len es una buena ciudadana allí donde las haya. ¿Que unas cuantas menores de edad han perdido la honra en mi casa? Bueno, eso debió ser porque ya no tenían mucha honra cuando entraron allí. ¿Que admito a mujeres casadas para que se vean con sus amantes? Es que usted no sabe lo corrompido que está el mundo, inspector. Una ya quisiera salvaguardar la moral, pero no puede. Y a cambio de eso la policía siempre sabe lo que ocurre en mi casa de té. Con un aparato tan delicado como éste, las paredes de bambú oyen. Mamá Len tiene micros debajo de las mesas y hasta debajo de las camas. Mamá Len es una buena ciudadana. No quiere que los pecados permanezcan secretos.

Yamashita sintió un indefinible asco.

Pero no hizo ningún comentario.

Por desgracia, la Policía Imperial necesita de mujeres así. Tokio es una mezcla de hormiguero y de selva. Si las paredes no oyeran a veces, no habría modo de controlarla.

—De modo que un grave peligro amenaza al importante señor Sherman... —dijo.

—Sí.

—¿Tú conocías a su mujer?

—Nunca había estado en mi casa.

—Desde luego, puesto que es una mujer honrada. El que al final diera un beso a ese buitre debo interpretarlo como un simple gesto de gratitud. Sí... Es una mujer honrada. Y el cerdo de Keldon rueda por nuestra hermosa capital con una no menos hermosa proposición: puede pedir lo que quiera por matar cuando quiera a un hombre que encima le dará las gracias. Es curioso... Jamás un asesino como Keldon ha tenido un negocio más redondo, más prometedor y más fácil.

Mamá Len bisbiseó agitadamente:

—Pero él dice que no quiere hacerlo...

—Ahora no, porque supongo que a ese tipo le queda un fondo de decencia. Pero te diré lo que va a pasar, mamá Leu. Vivir en el New Otani y hacer las comidas en la parrilla del Akasaka es algo que le gusta a cualquier hijo de perra; alquilar un hermoso coche y contratar por unas horas a la más opulenta vedette del barrio de

Ginzah es algo que le gusta a cualquier hijo de perra también. Pero eso tiene un problema: los *yens* se acaban pronto con un régimen de vida así. Y en cuanto a Keldon se le acabe la última moneda, pedirá más pasta a Sherman. Pero Sherman no se la dará si no cumple su parte en el contrato. Y Keldon caerá en la tentación: la acabará cumpliendo.

—¿Usted cree?

—Te diré algo más, mamá Len.

—Diga, diga...

—Se acabará acostando antes con Marta, que según tengo entendido es una mujer cañón. Ese tío no repara en nada cuando las cosas se le ponen a tiro dos veces. Primero consolará a la viuda antes de que sea viuda; luego matará al marido y, por fin, se querrá largar. Todo un cerdo.

—No me diga, inspector. ¿Cómo puede haber gente así?

—Hum... No sabes tú lo malas que son algunas personas. Y hasta encontrarán cualquier puerca, cuando Marta y él decidan acostarse, que les alquilará una habitación por ochocientos *yens*.

—Yo pienso cobrarles mil, inspector.

—Pues sí que has subido los precios...

—Es que ya hay menos parejas. La gente está perdiendo el ímpetu sexual, no sé por qué. No vienen tanto. ¿Pero por qué no le detiene, inspector, y evita todo ese lío, aunque a mí me chafe el negocio?

Yamashita sonrió.

—¿Detener a Keldon? —dijo—. ¿Con qué pruebas iba a hacerlo? Hasta ahora no ha cometido ningún delito. Al contrario, ha dicho que no quiere cometerlo. Lo que necesito es darle cuerda y estar encima suyo hasta que se acabe ahogando. Cuando vaya a cometer ese asesinato, lo detendré y acabaré con él. Con sus antecedentes, lo menos le clavarán quince años por tentativa. Y eso tiene otra utilidad marginal: mientras esté libre, es posible que acabe con alguno de los que extorsionan a Sherman. Sin cobrar nada, él hará la labor que debiera hacer la policía. Y ahora que nada de esto salga de tus labios, mamá Len. O eres una tumba o entras en la tumba. Ya sabes que pueden enchironarte por diez años después de todas las cosas que han pasado en tu casa.

Mamá Len bisbiseó:

—Una es una incomprensida, inspector. Pero ya sabe que le aprecio. Cuando usted tenga algún asuntillo y necesite un sitio discreto, ya sabe que puede venir. La habitación se la dejaré gratis.

Yamashita enrojeció.

—¿Cómo te atreves a hacerme esa proposición, puerca? ¿Pero qué te has creído?

Mamá Len sonrió con delicadeza.

—¿Por qué no iba a hacérsela, inspector? Puedo dejarle la habitación gratis, claro que sí. A su mujer bien se la dejo siempre que viene.

Y andando de puntillas como siempre, procurando no rozar la alfombra, salió de allí candorosamente.

CAPÍTULO IX

NEILO BARIN dijo suavemente:

—Ahora...

Los dos motoristas pusieron en marcha sus potentes máquinas. Cada uno de ellos montaba una «Yamaha» capaz de atravesar una pared cuando se lanzaba a toda velocidad. Sus uniformes de cuero y sus enormes cascos les convertían en una especie de habitantes de otro planeta. Las manos envueltas en gruesos guantes dieron gas con impaciencia para que los oídos pudieran deleitarse con el rugido de los motores.

El hecho de que los motoristas llevaran tan exagerados cascos no sólo tenía la utilidad de protegerles en caso de una caída. Es que así no se les podía reconocer. Neilo Barin sabía que su trabajo era violento, peligroso y que luego les buscaría toda la policía japonesa.

Susurró:

—Adelante...

Las dos motos descendieron la rampa del almacén donde habían estado ocultas hasta entonces. Con los faros apagados, se perdieron entre las sombras que rodeaban la zona de Samezu, cerca de los misteriosos canales del puerto de Tokio.

Neilo Barin sonrió satisfecho.

Sabía que no fallarían.

En Japón uno puede encontrar los profesionales más raros para todo lo que signifique aventura o violencia. Cualquier locura, cualquier insensatez siempre encuentra un japonés dispuesto a hacerla, sobre todo, si le dan una buena paga. Y la hace con

fidelidad rayana en el fanatismo. Desde los tiempos del harakiri y los kamikazes, Japón ha cambiado menos de lo que mucha gente piensa.

Las motos avanzaron por el borde del canal.

Silenciosamente.

Siempre con los faros apagados y con los nervios de los conductores tensos.

Vieron el coche de Keldon, un «Toyota» amarillo, alquilado, y con el que ya llevaba dos noches rondando por allí. No cabía duda de que vigilaba los grandes almacenes de Neilo Barin situados en aquella zona. Neilo Barin había decidido que ya estaba bien de meter las narices en sus asuntos. Que había que acabar con aquel lobo solitario de una vez.

Los dos motoristas calcularon bien las distancias.

Dieron gas de pronto.

El coche venía de frente, pero no les vería hasta el último segundo. Doblaron la curva a fantástica velocidad y enfilaron uno por cada lado.

Engancharían al «Toyota» uno por la derecha y otro por la izquierda.

Conducían con una mano.

En la otra llevaban el regálito.

Una bomba incendiaria cada uno, capaz de convertir el «Toyota» en una tea en menos de dos segundos. Con el conductor dentro, por supuesto. Les bastaría con lanzarlas y huir. Todo estaba calculado hasta el último detalle.

Keldon conducía con calma.

No imaginaba que allí le acechara ningún peligro.

Desde que los fulanos mezclados en el tráfico de drogas habían querido liquidarle a la salida de la cárcel, él había vivido con una cierta calma. Imaginaba que no iba a pasarle nada más por el momento. Pero, no obstante esta creencia, sus nervios siempre estaban tensos, sus sentidos alerta, sus ojos avizorando las sombras. Por eso notó la presencia de las dos motos no sólo a causa del ruido infernal que hacían, sino también por el leve reflejo de sus partes metálicas. Se dio perfecta cuenta de que una venía por la derecha y otra por la izquierda.

Reaccionó en cuestión de segundos.

Todo fue como un parpadeo.

Como el lanzamiento de una flecha.

Keldon no sabía que llevaban bombas.

Pero hizo lo único que podía hacer.

Cruzó el coche con un movimiento centelleante.

Fue una maniobra brusca, brutal, que arrancó a los neumáticos un chillido lastimero. Parecieron enviar chispas al aire.

Un automóvil cruzado ocupa mucho más sitio que un automóvil de frente, de modo que los dos motoristas encontraron la calle taponada. Iban a pasar cada uno por un lado del vehículo y de pronto ya no pudieron hacerlo. Se encontraron con una especie de pared. Sólo uno de ellos logró esquivar el choque haciendo una fantástica finta que también arrancó chispas del suelo.

El otro se metió de narices contra el «Toyota».

El choque fue bestial.

La moto quedó empotrada en la plancha.

El tío metió el casco hasta el mismísimo árbol de levas.

La bomba quedó bailando encima del capó.

Pero no llegó a estallar.

Keldon se dio cuenta de la situación y salió por la puerta del otro lado. Un reptil hubiera envidiado su rapidez. Fue una cabriola brutal. En menos de dos segundos, rodó por tierra mientras el motorista intentaba desesperadamente desempotrar la máquina.

El otro giró sobre sí mismo.

Hizo que la «Yamaha» se encabritara como un caballo salvaje.

Medio segundo después ya estaba de nuevo enfilada hacia el coche. Vino Como un rayo. La bomba brilló en el aire.

Y se oyó una salvaje maldición.

Las maldiciones en japonés son la mar de pintorescas.

A veces resultan tan largas, que cuando el que insulta termina, el que recibe el insulto ya se ha ido.

Keldon dio una vuelta de campana en el suelo. Rebrincó sobre el asfalto como si su cuerpo fuera de goma. Notó el aliento cálido, frenético, como el de un animal salvaje lanzado al galope, y que lanzaba la moto al pasar junto a él.

Su enemigo pensó que aún estaba dentro del coche.

Lanzó la bomba.

El que estaba desclavando de la carrocería la primera máquina aulló:

—¡Nooo...!

La segunda bomba estalló bruscamente.

E hizo estallar la primera.

Todo el coche se convirtió en una bola de fuego. El depósito de gasolina se fue por los aires. Y era super de la mejor calidad. Lástima. Las ruedas salieron despedidas. Los cristales se pulverizaron. El velocímetro se puso a girar locamente como si el coche volase a ciento cuarenta hacia el Más Allá.

Ni Keldon ni el segundo motorista habían sido alcanzados por la bola de fuego, pero estaban muy cerca uno del otro. En cuanto al primer motorista, ya no quedaba de él ni el casco. Era como si el tío se hubiera puesto a encender la pipa dentro de una bombona de butano. La monda.

El que estaba junto a Keldon oyó el alarido de muerte. Pero pensó que había liquidado al americano también. Sonrió bajo el cristal protector. Fue a volver grupas para decir que la misión estaba terminada.

Y en ese momento notó que alguien se sentaba en el sillín detrás de él.

Una voz casi cariñosa dijo:

—Hala, macho. Al fútbol.

El motorista quedó helado.

Y eso que allí dentro hacía un calor como para derretir el asfalto.

Fue a pegar un codazo al tipo que estaba detrás, pero la presión que recibió en los riñones fue tan salvaje que estuvo a punto de sacarlos por la boca. Intentó entonces encabritar la moto, como el que encabrita a un potro salvaje, con la intención de lanzar hacia atrás a su misterioso acompañante.

Aún no se había dado cuenta de que era Keldon.

Lanzó un rugido.

Keldon le dio desde atrás, con las dos manos abiertas, un terrible doble golpe debajo de las costillas. El pájaro quedó sin respiración. La moto se le fue de las manos mientras la rueda

delantera empezaba a subirse por una pared.

Pero el fulano aún intentó dominarla.

Era un buen profesional.

Aún logró hacerse con ella.

Pasando casi junto a las llamas, tomó la primera curva a una velocidad suicida, pero sin lograr desprenderse del «paquete» que llevaba a su espalda. Se inclinó tanto que un lado del cárter casi rozó con el suelo. Pareció como si fueran a volcar. El grito de rabia se repitió mientras la moto parecía emprender el vuelo.

Había un escaparate a poca distancia.

Era el de una casa aseguradora. Un gran rótulo amarillo proclamaba: «Seguros de cristales a todo riesgo.» Keldon aulló:

—¡Háganse una pólizaaa...!

Los dos atravesaron el escaparate a lomos de la máquina como si fueran montados en un obús. El estrépito llenó la calle. Unas cuantas viejas con quimono que pasaban por allí se lanzaron bajo los coches para protegerse. Un vendedor de la «Honda» que pasaba por allí alzó los brazos al cielo mientras gritaba:

—¡Demasiada competencia! ¡Esos de la «Yamaha» ya no saben qué inventar para hacer propaganda...!

Creía de buena fe que era un anuncio.

Los de la casa de seguros se lanzaron por el suelo. La poderosa moto giró sobre sus ruedas. Se cargó una máquina de escribir. Se cargó a una secretaria. Se cargó a un jefe de negociado. Se cargó a la mujer del jefe de negociado, que los vigilaba a él y a la secretaria. Se cargó un cuadro del emperador. Se cargó la puerta del W.C.

Era el colmo.

Pero cuando salió de nuevo por el hueco del escaparate, el motorista aún no había logrado deshacerse de su «paquete». Dominando la máquina con una mano, desenfundó entonces su cuchillo con la otra. Fue a asestar hacia atrás un golpe rabioso, seco, mortal.

Pero Keldon ya lo esperaba.

Detuvo el golpe.

Retorció salvajemente el brazo armado del otro.

El japonés no pudo dominar la máquina. Giró rabiosamente con

ella. Notó de pronto que el brazo se lo retorcían más y más...

El alarido de sorpresa se transformó en un alarido de muerte.

Su propio cuchillo se le había hundido en un espacio intercostal. Keldon lo soltó.

Brincó en el aire.

Pareció como si hubiera sido despedido de la máquina lanzada al infierno, pero en realidad todo había sido calculado al milímetro. Rodó por la acera mientras la «Yamaha» volaba. Su conductor repitió el aullido de muerte.

Sentía la sangre en la boca.

No pudo frenar.

El autobús urbano tampoco frenó porque ya era tarde. Aquella especie de bólido se le venía materialmente encima. Las ruedas chirriaron mientras se oía un espantoso crujido de huesos. El motorista quedó bañado en su propia sangre. En cuestión de segundos se convirtió en una tortilla de 96 octanos.

La confusión en la calle era espantosa.

La gente salía de los portales. Asomaba a las tiendas. Chillaba. Eso de que los japoneses son impasibles se convirtió en un mito. Una verdadera multitud corrió hacia allí.

Nadie se fijó en Keldon.

Este pudo correr hacia la esquina más próxima. Una vez allí se metió en una casa de geishas.

Las geishas no son señoritas de media virtud, como mucha gente cree.

Son señoritas que le sirven a uno la comida o el té mientras le ayudan a llenar el impreso de la contribución sobre la renta. Menudas pájaras. La mayoría de ellas no se dejan tocar una mano ni con recomendación de la Jefatura de Tráfico.

Pero, eso sí, son discretas. Nunca explican quién se ha hecho servir un té en sus habitaciones. Keldon podía considerarse seguro entre las paredes de la casa.

Cuando la dueña le preguntó qué pasaba en la calle, él contestó:

—Un tío que se quería comprar una moto a plazos. Le han hecho una demostración de lo que le pasaría si no pagaba...

CAPÍTULO X

TOMÓ el té con movimientos calmosos.

Y luego un whisky japonés bastante fétido.

En la calle había mucho jaleo. Los mil ruidos entraban por las ventanas, mezclados al rumor de las aguas del cercano canal. Pero las geishas hacían como que no se enteraban. Un par de ellas se pusieron a cantar canciones nostálgicas mientras acompañaban a Keldon.

Era aún el viejo Tokio.

Era aún el último perfume de una ciudad que ya no existe.

Keldon palpó en su funda axilar la pistola que le había dado Sherman.

Una «P-38» alemana, perfecta, bien engrasada, con tres cargadores completos. Un petardo capaz de hacerle olvidar a uno los impuestos del año próximo. Un quitapenas que un tipo como Neilo Barin estaba necesitando.

Keldon pagó al triple de su precio el mejunje que había bebido.

Luego dio espléndidas propinas a las dos chicas que le habían acompañado con sus canciones.

Y ellas se preocuparon de que pudiera salir por una puerta trasera junto a los canales del puerto. Keldon se alejó tranquilamente de la zona que controlaba la policía.

Conocía aquel sector de Tokio como la palma de sus manos.

No en vano eran los dominios de Neilo Barin. No en vano era el sitio donde uno podía encontrar un compinche para la empresa más descabellada. O la chica para la orgía más tirada por los suelos. O el paquetito de mandanga para pasar el fin de semana sumido en

los dulces sueños.

Keldon atravesó el canal por uno de los precarios puentes levadizos. Luego volvió junto a los almacenes de Neilo Barin.

Sabía que el muy cerdo aún tenía que estar allí.

Y sabía otra cosa:

Keldon contaba con una ventaja decisiva.

Neilo Barin no sabía si estaba muerto o no.

Habría relajado la vigilancia. O al menos habría descuidado muchos aspectos de ésta.

El joven subió por una rampa.

Se movía como una sombra.

Se pegó a una pared manchada de humedad.

Era el dominio de los camioneros de Neilo Barin, los tipos rudos que a veces eran empleados para dominar las huelgas. En las paredes había fotografías de chicas haciendo el amor en todas las posturas. Muy pocas de ellas eran japonesas, como si en las mujeres occidentales hubiera un poder de excitación que las otras no tenían.

Keldon siguió pegándose a la pared.

Sus facciones eran tranquilas y rígidas. No había ahora en ellas el menor nerviosismo. Llegó junto a unas escaleras metálicas y se detuvo. Era una quieta sombra vengadora mezclada a las otras sombras.

Sabía que el gran jefe no podía estar lejos.

Conocía ya sus dominios lo bastante bien para saber que estaba en el corazón de su sanctasanctórum.

Keldon empezó a subir las escaleras silenciosamente.

Y de pronto percibió aquel chasquido a sus espaldas.

Fue una rozadura metálica. Un chispazo instantáneo.

Un hombre menos ágil que Keldon se hubiera quedado clavado allí para siempre.

Las balas de la metralleta hicieron polvo la escalera metálica. Algunos de los peldaños saltaron de su armadura. Todo el edificio pareció vibrar. El japonés que disparaba como un loco roció el suelo de casquillos ardiendo.

Había visto por un momento a Keldon.

Y, aunque ahora no le veía, seguía disparando.

Oyó el ruido de su propia metralleta como un lejano trueno.

Cada vez más lejano.

Más lejano...

Más lej...

No se dio cuenta de que tenía una bala en mitad de la frente hasta que sintió aquella especie de alfilerazo en el fondo de los sesos. Soltó la metralleta y cayó hacia atrás. Sus ojos desencajados miraron al vacío.

Keldon sopló en el cañón de la «P-38».

Y siguió subiendo.

Tranquilo.

Pausado.

Cuando uno va a repartir la muerte, no hay razón para correr más que si fuera a repartir multas de tráfico. La pistola descansaba en su derecha. Una expresión helada flotaba en sus ojos.

La puerta de arriba se abrió.

Era una puerta de acero.

Pero el tío que salió no era de acero.

Barbotó:

—¿Pero qué pasa aquí...?

Se enteró cuando ya estaba en el otro barrio.

La metralleta voló por los aires.

Keldon le había despachado de una bala en mitad del cuello. Se apartó a un lado para dejarlo pasar mientras rodaba escaleras abajo y hasta hizo una señal respetuosa cuando el otro se estrellaba contra el fondo del local. No hay razón para no ser educado con los muertos. Luego atravesó la puerta de acero.

O hizo ver que la atravesaba.

Se pegó a un lado como un rayo.

Las balas de la metralleta se cargaron la jamba, se cargaron los goznes de la puerta y todo lo que había más allá. Si Keldon llega a estarse quieto, lo dejan cosido. Pero era un gato demasiado viejo para arriesgarse a entrar en los sitios en línea recta.

Se dejó caer al suelo.

Y disparó desde la jamba

Una bala.

Dos balas.

Tres...

Neilo Barin las encajó todas.

Se le metieron las tres por la misma mejilla.

Fue una verdadera lástima.

Poco tiempo atrás se había arreglado precisamente aquel lado de la boca.

Su cabeza pareció abrirse en dos.

Hubo manchas rojas hasta en las paredes que llegaban a más de cinco metros.

Keldon no se inmutó.

Guardó la «P-38».

Tenía que seguir aprovechando la situación ahora, cuando el desbarajuste era mayor entre los hombres del gánster. Los que quedaban vivos en ese momento ya no valían la pena, de modo que Keldon decidió no quedarse más tiempo allí. El pájaro había muerto. Ahora era él quien tenía que volar.

Se deslizó hacia una ventana.

Y saltó a un tejado de uralita.

Pon todas partes se oían gritos.

Y los silbatos de la policía.

Y los chillidos de un marica vecino (pues en Tokio también los hay), quien preguntaba quiénes eran los maricas que habían asustado a su amiguito, ahora que lo tenía a punto. Y es que hay día que no se gana para sustos.

Keldon se deslizó hasta otro tejado.

Saltó a un cobertizo vecino.

Tenía la agilidad de un atleta y la suave discreción de una sombra.

Se escondió entre los botes del canal. Luego se despegó de allí para hundirse entre el laberinto de los muelles.

Aquél era un mundo siniestro, sórdido, oscuro, donde nadie podía perseguir a nadie. Era un mundo de sombras, de esquinas, de gatos fugitivos y de ventanas que miraban a la noche. Cualquier policía que se metiera en él acabaría perdiendo hasta su propia gorra.

Keldon tomó un taxi al llegar a la orilla del río Sumida.

—Lléveme a algún sitio donde haya animación —dijo al

conductor—. Es un asco. No pasa nada en Tokio esta noche.

CAPÍTULO XI

EL inspector Yamashita miró los cadáveres. Sus facciones inexpresivas, como labradas en pergamino, no reflejaban la menor emoción. Sus ojos quietos fueron hacia el forense. Luego hacia el técnico en balística que estaba al otro lado de la habitación pintada de un sucio color verde.

El policía preguntó solamente:

—¿Y bien...?

—Todo coincide.

—¿Las balas que mataron a Neilo Barin pertenecen a la pistola que tiene registrada el señor Sherman?

El técnico asintió con una lenta cabezada.

—Sí, inspector. Y la que mató al hombre caído al pie de las escaleras también fue disparada por esa «P-38». No necesito decirle que, cuando Sherman pidió licencia de armas, las características de la pistola fueron registradas muy bien por los servicios de la policía. Y es ésa la que ha disparado. Parece mentira, pero un hombre tan importante como el señor Sherman es el que ha hecho toda esa escabechina.

Yamashita hizo una mueca.

Hay que ver lo burros que son algunos técnicos. Tienen menos imaginación que la que puede tener una hormiga. O un marido cornudo.

—El día en que Sherman necesite matar a un hombre no lo hará él, sino que contratará a un asesino —murmuró—. Envíeme los informes a mi despacho. Y no hablen con la Prensa si es posible. Tengan todo esto en secreto al menos durante doce horas.

Y salió de nuevo a la frialdad de la calle. Las aceras cercanas a los canales estaban cargadas de humedad. Las siluetas de algunos vagabundos se pegaban a las paredes. Un par de mujeres que habían sido hermosas antes del nacimiento de Chiang Kai Check revolvían entre los papeles viejos.

Y eso que Tokio es una ciudad limpia.

Pero no se puede vigilar hasta la última esquina.

Sentado en su coche oficial, Yamashita fue dando vueltas a todo aquel maldito embrollo hasta que llegó a su oficina. Allí se hizo traer los informes sobre Neilo Barin. Como si aún no los conociera bien, los repasó ficha por ficha.

Allí había de todo.

Menudo pájaro el tal Neilo Barin.

Con muchos millones en todas partes. Con millones saliéndole hasta por las orejas. Pero ninguno de ellos ganado honradamente.

Sus actividades habían sido modélicas.

Chantaje en los muelles.

Organización de huelgas ilegales.

Aplastamiento de huelgas que, en cambio, eran legales.

Empleo de fuerza a favor de la extrema derecha.

Empleo de fuerza a favor de la extrema izquierda.

Control de un *rackett* de prostitución.

Control de una distribuidora de drogas.

Tres muertes sospechosas en su haber.

Contrabando.

Tráfico de divisas.

Y, dos años antes, una chica quemada viva porque sabía demasiado. Todo ello sin pruebas concluyentes. Sin poder enviarlo atado de pies y manos ante un tribunal. Todo con ese ambiente de cosa bien hecha que obliga a estrellarse a la justicia.

Yamashita se bebió dos copas de sake a la salud del muerto.

No lamentaba que alguien hubiera acabado con Neilo Barin.

Bien hecho.

Y además él sabía quién era ese alguien.

Llamó a su ayudante, que tenía a su cargo el seguimiento de Keldon día y noche. El ayudante estaba amarillo, lo cual era

muestra de que lo habían hecho polvo, porque los japoneses son blancos. Se arrastraba por los suelos.

—No sé cómo pudimos perderle de vista, jefe... Keldon se metió en el tiroteo sin que lo viéramos. No le echamos el ojo ni antes ni después... Ese fulano es un zorro cuando quiere borrar una pista.

—Idiota... ¿No te das cuenta de que pudo ser un desastre? ¿Cómo pudieron dejar de vigilarlo tus hombres? ¿Es que no sabían que es un asesino suelto?

—Lo... lo siento, jefe. Le juro por la salud del emperador que no pudimos evitarlo... Ese tío, cuando quiere desaparecer, es una sombra...

El ayudante era un tipo moderno. Mascaba chicle. Le gustaban las americanas gordas. Hubiera querido tener una casa en Oklahoma, una «Harley Davidson» y un par de queridas nacidas en Texas. Pero ahora el tipejo seguía arrastrándose por los suelos porque pensaba que iba a perder su puesto.

—Sólo te salva una cosa —dijo Yamashita lentamente—: Que no me duele en absoluto el que hayan trincado a Neilo Barin. Pero a partir de este momento las cosas van a ser mucho peores: no hay que perder de vista a ese perro americano. Es muy posible que intente matar al señor Sherman.

—Pero... ¿pero todo eso no se ha hecho con la pistola registrada a nombre de Sherman? Yo lo he oído decir...

—La pistola la llevaba otro. El propio Sherman se la dio, pero ésa es una historia demasiado larga. Olvídala y procura que ese tipo no se te escape más. Te juegas tu puesto en ello.

El ayudante gimió:

—Sí..., sí, señor Yamashita.

Y salió tropezando con las escaleras.

Era ya muy tarde. Eran las primeras horas lívidas de la madrugada.

Cuando el fulano acabó de rodar escaleras abajo, por poco se lo llevan las mujeres de la limpieza.

CAPÍTULO XII

KELDON se acercó al parque lentamente.

Había árboles enanos y había parterres que despedían un intenso olor a flores marchitas. Había también algún ciervo en libertad, como en los jardines de Nara. Y estatuillas de dioscecillos junto a las aguas muertas. Y, al fondo, un templo pintado en rojo donde quinientos años antes ya acudían los fieles a hacer sus votos y a pedir que sus esposas les dieran doce hijos, a ser posible sin intervención de los vecinos. El templo aún seguía, recibiendo fieles, aún seguía llenándose de papelititos con votos y de ramitos con flor de azahar. Y los maridos temerosos aún seguían pidiendo que sus santas esposas les dieran muchos hijos sin ayuda de nadie, pues los tiempos no han cambiado tanto como parece en quinientos años.

Pero Keldon no se fijaba en todo eso.

Se fijaba en el fabuloso «Rolls-Royce».

Y en el tío que estaba dentro.

En su traje elegante. En su reloj de alto precio, un «Vacheron et Constantin» de oro macizo. Y en su anillo con un brillante que necesitaba una pala para ser movido. Y en su corbata de seda natural traída expresamente de las pequeñas tiendas para elegidos que hay en Venecia o en Ravena.

Sherman olía a dinero a cien metros.

Y no era eso lo que más se le podía envidiar.

Se le podía envidiar también su lecho calentado por una mujer de gran clase.

Hay gente que lo tiene todo.

Hay gente que tiene incluso una mujer como Marta.

Pero Keldon comprendía que no tenía derecho a envidiar.

Se sentó a su lado.

Sherman le pasó en silencio un cigarrillo, un «Rothmans» de anillo dorado. En el «Rolls-Royce» también había un excelente mueble bar, pero Keldon se negó con un gesto a tomar nada. Su mirada estaba perdida en el vacío, en los juegos de luz del parque, del que de pronto había descubierto que se desprendía una gran tristeza.

—Bueno, Sherman —dijo al fin—, ya debe haber leído los periódicos.

—Sí. Y me he enterado de la muerte de Neilo Barin. La policía ha tratado de ocultarlo, pero esas preocupaciones son inútiles. No sabe el favor que me ha hecho, Keldon. Me ha... me ha devuelto la vida.

—¿Para decirme eso me ha citado aquí?

—Bueno... Tenía que citarle a solas. En un asunto tan oscuro no pretenderá que vaya poniendo anuncios para que la gente se entere. Es lógico que todo esto quede para siempre entre nosotros dos.

Keldon estuvo a punto de decir: «Y Marta.»

Pero Sherman no sabía que ellos dos se habían visto en la casa de té. Por lo tanto, era mejor callar. El nombre de Marta volvió a quedar hundido en sus recuerdos como si no fuera a salir de allí nunca.

—Lo comprendo —dijo suavemente.

—¿Se da cuenta de que..., de que ya no necesito morir?

—Nunca creí que lo necesitara, Sherman. Era una cobardía.

—Hubo un momento en que me dije que no tenía otro remedio. Todo lo hice pensando en Marta, usted lo sabe bien.

Keldon apretó los labios.

—Sí —balbució—. Pensando en Marta.

Y prendió fuego a la punta del cigarrillo en el encendedor del «Rolls-Royce». Luego dijo con voz opaca:

—Tengo la sensación de que ahora no corre usted peligro, Sherman. Está más seguro que nunca en la cumbre de las compañías a las que dirige. He estado haciendo una pequeña revisión en los libros de la Cámara de Comercio. Usted tiene un

sucesor, un hombre que ha de ocupar su puesto de una forma automática y reglamentaria, si usted muere. No creo que haya que temer nada de él.

—¿Se refiere a Robert Poster?

—Sí. Ese es su nombre.

—Pobre señor Poster... No, claro que no tengo que temer nada de él. Se trata del perfecto segundón, del hombre con pocas ambiciones que jamás hará nada contra mí. El que quería arramblar con todo era Neilo Barin, pero ese buitre está muerto... Le diré una cosa: si yo llego a morir, Richard Poster me hubiera sucedido automáticamente, pero eso me tenía sin cuidado. Lo único que quería era dejar segura a Marta. Y ahora... En fin, Keldon, no sé cómo debo decírselo. Yo le ofrecí una cantidad una vez. Le dije que fijara un precio. Usted lo rechazó.

Keldon seguía sin mirarle.

Sabía que su trabajo había terminado, y que además había terminado bien, pero, sin embargo, sentía una enorme tristeza. Con voz indiferente preguntó:

—¿A qué viene eso?

—Viene a que quiero hacerle la oferta otra vez.

—Olvídelo, Sherman. Usted no me debe nada.

—Oiga, Keldon, usted es..., es un aventurero. Y necesita dinero largo. Habrá de salir del país, habrá de hacer cosas. No puede quedarse sin un *yen* después de todo lo que me ha ayudado. No sería justo.

Keldon sonrió tristemente.

Luego dijo, mirando al vacío:

—Señor Sherman, no me debe nada. Precisamente porque soy un aventurero, corro mis aventuras gratis. Tengo lo suficiente para tomar un avión y llegar a Honolulu, donde me quedan algunos amigos. Allí podré ganarme la vida, aunque sea recogiendo cocos. No crea que a las palmeras puede trepar todo el mundo.

—Oiga, Keldon, insisto en que...

—Olvídelo, Sherman.

—Entonces..., ¿por qué demonios lo... lo ha hecho?

Él sonrió de nuevo mirándole por primera vez. Pero su sonrisa seguía siendo lejana y triste. Con voz que no parecía la suya,

confesó:

—Le va a extrañar, Sherman, pero lo he hecho por Marta. Lo he hecho por una mujer con la que apenas he hablado, pero que puede llenar en un minuto la vida de un hombre. Y ahora, ya que tiene la suerte de que sea suya, aprovéchela. Procure que no se le pierda ninguno de sus pedazos. Abur, Sherman. La aventura ha terminado. Lo más fácil es que no volvamos a vernos más. Ah... Perdone.

Y sacó el «P-38».

Lo dejó en el asiento del lujoso «Rolls-Royce», al alcance de la mano del otro hombre. Antes de volver la espalda pidió:

—Guárdelo o tírelo. Haga lo que quiera. Supongo que la bofia sigue la pista de esta arma, pero usted tendrá un modo de sacarse el compromiso de encima. En caso de apuro, lárguela al fondo del río Sumida. Con tantos escupitajos como caen diariamente en él, el metal de la pistola se va a desintegrar. Y ahora, buenos días. Si alguna vez tiene la buena idea de dejar viuda a su mujer, díglele a Marta que me busque...

—¿Dónde?

—Cárcel de Honolulu, primera celda entrando a mano derecha.

Y se largó de allí.

No quiso volver a mirar el «Rolls-Royce».

Ni girar la espalda.

El último episodio hermoso de su vida estaba liquidado. Había muerto. De ahora en adelante ya no quedaba delante de él más que una espesa perspectiva de sombras por la que no valía la pena andar.

Pero la vida sigue.

La vida es un sucio camino donde siempre es otro el que pone la palabra FIN.

Keldon se perdió en las sombras del parque.

Y se metió en un tugurio de Ginzah.

Y se zampó dos litros de sake.

Y se encontró otra vez con la azafata de la Japan Airlines que siempre se equivocaba de habitaciones.

Y ella le contó que acaba de llegar desde París volando sobre el Polo.

Y que allí abajo debía hacer un frío atroz.

Y que llevaba el frío metido en los huesos.

Y que necesitaba que alguien la calentase un poco.

Y que, al fin y al cabo, era una obra de caridad.

Y que no fuese tan idiota, hombre. Que las azafatas que vuelan sobre el Polo tampoco se encuentran en cualquier esquina.

Keldon fue a parar al hotel Akasaka.

Sin darse cuenta lo hizo muy bien.

Despistó por completo a la policía.

Esta tenía prácticamente rodeado el New Otani. El ayudante de Yamashita no pudo ni sospechar que aquella nena de la Japan Airlines se llevase a Keldon a su habitación. Pensó que se lo llevaba al aeropuerto para huir.

Y desplazó allí la mitad de sus efectivos.

Pero narices.

Lo único que consiguió fue que uno de sus hombres se confundiera y tratara de meter mano al cónsul ruso. Hubo en el aeropuerto un follón que no podría arreglarse ni con la Conferencia de Ginebra.

CAPÍTULO XIII

A la mañana siguiente, Keldon hizo una serie de cosas con la tristeza del que se despide para siempre de algo muy querido. Fue a comprar una maleta barata para poner sus cosas; se dirigió a una agencia de viajes y compró un billete para el vuelo de la tarde a Honolulu, compró unas camisas y unas mudas y las metió en su maleta; por fin se dirigió a su habitación del New Otani para recoger los objetos de aseo y abonar la cuenta.

Aquél era el último paso.

Adiós para siempre a Tokio.

Adiós a Marta.

Adiós a la última oportunidad para que su vida pudiera haber sido hermosa.

En la conserjería del lujoso hotel le dieron la llave. Con gesto distraído subió. Abrió y empujó la puerta. Depositó aburridamente la maleta sobre la cama. Fue a encender la televisión.

Y en aquel momento el cañón de la pistola se clavó en su nuca.

Una voz que conocía bien, la voz helada del inspector Yamashita, ordenó:

—Sube las manos y métete la lengua donde te quepa, perro. No quiero que sueltes una palabra hasta que te lleve a Jefatura arrastrándote por las patas... Cuidado con hacer un movimiento que no me guste. Ya hace tiempo que siento curiosidad por saber de qué sucio color son tus sesos...

* * *

Keldon abrió la boca con asombro, porque no entendía absolutamente nada. Si en aquel momento le llegan a acusar de la

muerte de Kennedy, se lo traga más que lo que estaba sucediendo. Todo aquello era absurdo, tan absurdo que le parecía una broma. Pero enseguida se dio cuenta de que no, de que aquello era una macabra verdad.

Dos esbirros uniformados cayeron sobre él. Eran dos enanos especialistas en registros y en mirarle a uno hasta debajo de la lengua. En unos segundos dejaron a Keldon sin un bolsillo en su sitio. Luego se volvieron con desencanto hacia Yamashita, quien seguía apuntando.

—No hay nada, inspector —dijo uno de ellos—. No la lleva.

—¿Qué es lo que he de llevar? —susurró cansinamente Keldon—. ¿Una foto de la Raquel Welch en pelotas?

—Algo más pesado. La «P-38».

Keldon suspiró con desencanto. Y entonces se dio cuenta de que aquello tenía su lógica. De que las cosas estaban mal. Seguro que Yamashita, después de hacer averiguaciones, le iba a acusar de la muerte de Neilo Barin y sus sicarios. De modo que era eso...

—No tuve nada que ver con los sucesos de los muelles —gruñó, pensando sólo en defenderse—. Y si cree lo contrario tendrá que probarlo, polizonte.

—Nadie te acusa de los muelles, Keldon.

—¿Pues de qué?

La voz de Yamashita sonó entonces a su espalda como un chirrido metálico:

—¿Y lo preguntas, perro? De algo que tú sabes muy bien. Del asesinato del señor Sherman...

CAPÍTULO XIV

KELDON sintió que le temblaban las rodillas.

Aquello era más de lo que estaba dispuesto a soportar.

Más de lo que hubiera podido imaginar siquiera.

Su primera reacción, pasado el instantáneo estupor, fue de indignación, de violencia, porque aquél era el único crimen del que no le podían acusar nunca. Pero Yamashita parecía esperar aquella reacción y demostró que era un hueso difícil de roer. Le clavó dos veces la culata en mitad de la nuca. Keldon cayó de bruces sobre la cama mientras la boca se le parecía llenar de sangre.

Los sicarios uniformados volvieron a caer sobre él.

Casi lo arrastraron hasta la puerta.

Le metieron el cañón de un revólver en la boca.

—Si quieres saber qué pruebas tengo —dijo Yamashita echándole partículas de saliva a la cara— estás en tu derecho. A pesar de ser un perro, eres todavía un perro americano y no quiero conflictos diplomáticos. De modo que te diré de qué se trata: Sherman ha sido liquidado con tu «P-38». Tú tenías el encargo de matarle, de modo que lo has hecho bien. No te vas a librar con menos de veinte años.

Toda la habitación daba vueltas en torno a Keldon. Sin creer todavía lo que acababa de oír balbució:

—¿Quién le ha dicho que yo tenía ese «P-38»? ¿Y que iba a matar a Sherman? ¿Dónde ha soñado esa historia? ¿De qué noche de borrachera ha podido sacarla?

—De una cinta magnetofónica que se grabó en la casa de té donde tú te reuniste con la esposa de Sherman. Ni ella ni tú lo

sabíais, pero aquélla es una casa de cuento cuyos manejos tolero, por ahora, a cambio de información. Le contaste todo lo que Sherman te había propuesto. Y le confesaste que tenías su arma.

Keldon sintió un chirrido en su propia garganta.

Espantosamente, aquello era verdad.

No podía negarlo.

Golpeando con sus palabras como si fueran mazos, Yamashita continuó:

—No es eso solo. Tampoco soy idiota, y sé perfectamente que mataste a Neilo Barin y algunos de sus esbirros. ¿Con qué arma? Con la misma «P-38». Pero ése es un asunto del que no pienso acusarte a menos que sea indispensable, porque lo de Neilo Barin me tiene sin cuidado. Bien muerto está. Ya ves si soy comprensivo contigo que hasta te hablo de sacudirte dos muertos de encima. Pero lo de Sherman no... ¡Eso ya es demasiado! ¡No y mil veces no...!

Y le empujó brutalmente.

Keldon, pese a toda su fortaleza, casi rodó por el pasillo.

Se encontró como un sonámbulo en el ascensor. Ahora los policías le rodeaban por todas partes. La gente le miraba con curiosidad. Algunos aficionados sacaron placas con sus máquinas recién adquiridas.

Sacaron a Keldon de los jardines del New Otani en un viejo «Ford» de la policía. Y Keldon se dio cuenta enseguida de que no le llevaban a Jefatura, sino a la propia casa de Sherman. Tembló.

Todo aquello era increíble.

Era como un pedazo de sueño del que a uno no le dejan despertar.

Como una alucinación sin nombre.

Y encima aquella voz quieta, metálica de Yamashita raspándole los oídos:

—Tienes una única posibilidad de salirte con menos de diez años, Keldon, y es la de declararte culpable y no plantear problemas. Dime dónde, está el arma homicida y no me busques líos. Si puedo presentar ante los tribunales una prueba que no me dé demasiado trabajo, soy capaz de decir que te has entregado voluntariamente. No sabes lo que eso rebaja la pena. Y ahora

escúpelo: ¿dónde está la «P-38»?

Keldon no se sentía capaz de contestar. Porque la «P-38» la tenía Sherman. Él se la había devuelto, aunque sin testigos. Y además todo aquello era... ¡era grotesco! ¡Ridículo! ¡Absurdo!

—¿Dónde está? ¡Habla! ¡No pongas las cosas difíciles! ¡Habla!

—Se la di al... al propio Sherman.

—¿Cuándo?

—Ayer.

—¿Quién te vio hacerlo?

—Nadie.

Los dientes de Yamashita chirriaron siniestramente. Estaba claro que no se tragaba la pieza. Mientras le golpeaba brutalmente con el cañón en el hígado, gritó:

—¡Me estoy portando demasiado bien contigo, Keldon! ¡Trato de ayudarte, pero tú tienes que colaborar! ¡Empieza por decirme dónde está el arma! ¡Si tratas de enredarme con alguna treta te juro por mi madre que te cargo también la matanza del puerto! ¡Y no lo voy a lamentar el día que me muera!

Keldon hundió la cabeza.

No sabía qué contestar.

Estaba aterrado.

Por primera vez en su vida se daba cuenta de que las circunstancias eran superiores a él.

El chófer dijo en aquel momento:

—Es aquí, señor Yamashita.

Keldon fue obligado a descender.

Lo veía todo como en una neblina.

La casa elegante.

El garaje.

El ascensor de puertas tapizadas.

Los muebles principescos.

Las alfombras de Ibadan.

Los cuadros del siglo XIX francés.

Los cristales de Murano.

Todo el mundo lujoso que ya había visto una vez.

Y el hambre.

Allí estaba el fiambre.
Caído de espaldas.
Con la boca entreabierta.
Un hilo de sangre en ella.
Los ojos desencajados.
Un orificio entre las cejas...
Keldon lo miró.
Y sintió que sus rodillas se doblaban.
Que se quedaba sin respiración.

Porque todas las sorpresas que había sentido hasta entonces no fueron nada al lado de la que sintió ahora. Porque se dio cuenta de que había entrado para siempre en el mundo del absurdo y del horror. Porque tuvo que balbucir con un hilo de voz que apenas le atravesaba la garganta:

—Pero si..., pero si éste no es Sherman...

CAPÍTULO XV

YAMASHITA le volvió a golpear en el hígado, esta vez con mala sangre. Aquello ya resultaba demasiado para él. Mientras lanzaba un par de ahogadas maldiciones, barbotó a uno de sus hombres:

—¡Vamos a ver! ¡Enséñale los retratos! ¡Que se convenza de una vez!

Y le empujaron. Fue casi llevado en volandas a un dormitorio lacado, una verdadera pieza de museo que él no conocía. Sobre el tocador, enmarcada en oro, estaba la fotografía de los dos esposos. Uno era el fiambre. La otra una mujer bonita, casi perfecta, pero desconocida.

A Keldon se le secó la boca.

Ya era demasiado.

Le faltaba hasta el aliento.

La voz de Yamashita parecía llegar hasta él desde otro planeta:

—A ver si piensas que yo no voy a conocer a un hombre tan famoso como Sherman... ¡Vuelve a la otra habitación, cerdo! ¡Quiero que te empapurres bien! ¡Quiero que tengas la última oportunidad de decir cómo lo mataste! ¡Hazlo ahora o te juro que no vas a volver a tener otra ocasión de ayudarte a ti mismo hasta que me vuelva a salir la muela del juicio! ¡Arreando, hijo de perra!

Y lo llevaron de nuevo a la sala donde estaba el cadáver.

Keldon sintió que todo daba vueltas en torno suyo.

Un nombre se repetía a martillazos en él. Un nombre le volvía loco. Dos sílabas le obsesionaban, le atormentaban, le hundían...

Marta...

Marta...

¡Marta!

¡Porque la mujer del retrato no era ella! ¡No era la que conocía como la esposa de Sherman!

Y, bruscamente, aquella especie de furia desatada se desbordó en él. Aquel horror que sentía le convirtió en un coloso. La fuerza que ya podía destruir a un hombre se centuplicó. A pesar de que Yamashita era cinturón negro, se encontró volando hacia la ventana.

La rompió con el peso de su cuerpo.

Salió despedido al jardín.

Los dos policías que antes habían sujetado a Keldon fueron a sacar sus armas, pero ya era demasiado tarde. Se habían confiado creyendo que su enemigo estaba hundido. Y la verdad era que, hasta unos segundos antes, lo parecía. Sin darse cuenta de lo que pasaba, se encontraron rodando entre las patas de las sillas. Keldon saltó hacia la puerta con la rapidez de un tigre.

Dos balas fueron a por él.

Los policías no estaban para mandangas. Todo aquello de la paz les parecía muy bien, pero la mejor paz es la del cementerio. Tiraron a matar. Keldon se encontró patinando bajo una fantástica mesa de caoba mientras derribaba un par de lámparas.

Saltó frenéticamente hacia una ventana.

Otra bala.

Un estampido siniestro.

Un chasquido en los huesos.

Pero no había sido la bala, sino el impacto de la ventana al hacerse pedazos. Keldon rodó por el jardín, un jardín que afortunadamente conocía bien. Saltó hacia la salida.

Y entonces vio algo que le pareció otra alucinación. Porque allí estaba el «Rolls-Royce».

El coche majestuoso.

El superclase. El no va más. El mira y jo-ró-ba-te. ¡Era el mismo «Rolls-Royce» en que él había conocido a Sherman, lo que hacía aún más inverosímiles las cosas! Pero no tenía otro medio de huida y, por lo tanto, saltó hacia la portezuela. La abrió. Las llaves de contacto estaban en su sitio.

Dio gas.

¡Narices!

¡El «Rolls-Royce», un coche que no falla nunca, se caló una vez!

Pero a la segunda salió disparado cuando aún los policías no habían podido correr hacia sus bólidos. Keldon dio más gas. Salió hacia la calzada central entre un estrépito de maldiciones, motos que se apartaban, bicicletas que se caían, urbanos que silbaban y viejas la mar de amables que le preguntaban en qué prostíbulo de la Arabia Saudita había nacido su madre.

Pero Keldon ya no oía nada de aquello. Condujo como un loco hacia las oficinas de Sherman, la poderosa central de representaciones que abarcaba enlaces en todo el mundo. Casi metió el «Rolls-Royce» en las escaleras. Se cargó al portero que quería cortarle el paso. Hizo dar una vuelta de campana a una secretaria que acababa de romperse sus panti. Casi derribó una puerta. Y se metió en el despacho del gran jefe.

Allí tenía que estar Sherman.

Y estaba.

Muy quieto.

Muy tranquilo.

Muy sereno.

Sin cambiar nada.

Incluso el muy cerdo seguía fumando «Rothmans» con anillo dorado.

Era el mismo que él había conocido.

Keldon se quedó boquiabierto.

Sin poder avanzar un poco más.

Ya no podía con tantas cosas.

Sobre todo cuando la voz airada de una de las secretarias dijo:

—¿Pero por qué molestan al señor Robert Poster? ¿Es que no le van a dejar tomar posesión de su nuevo cargo de director general? ¿Es posible? ¡Con el disgusto que él tiene después de la muerte del pobre señor Sherman y ahora esto...!

CAPÍTULO XVI

KELDON se apoyó en la pared.

Bueno, ya no podía más.

Hasta las rodillas le fallaban.

Sobre todo cuando la voz del falso Sherman pareció llegar hasta él rebotando por todos los rincones de la sala.

—¿Pero quién es este tipo? ¡No le he visto en mi vida! ¿Qué hace aquí? ¡Échenle!

Keldon sintió otra vez que todo daba vueltas en torno suyo.

No podía ni moverse.

Ni apenas respirar.

Pero su cerebro funcionaba. Su cerebro le volvía a enviar recuerdos, cifras, datos, como una perfecta máquina computadora. Y aquellas cifras, aquellos datos, aquellos recuerdos, componían una sinfonía macabra que por fin creaba un esquema de claridad en su mente.

Todo se sucedía lógicamente ahora.

Con una lógica macabra.

Los pensamientos de Keldon se sucedían vertiginosamente, con una rapidez de pesadilla:

—Yo estoy en la cárcel.

—No puedo leer periódicos.

—Por lo tanto, no conozco a Sherman.

—Un día salgo.

—Robert Poster, el segundo después de Sherman, lo sabe.

—Y sabe también que el verdadero Sherman está de viaje con su

mujer.

—Se apodera del «Rolls-Royce».

—Y de las llaves del piso de Sherman.

—Para él eso no es difícil.

—Me espera cerca de la cárcel.

—Unos fulanos que querían ajustar cuentas conmigo por un asunto anterior tratan de matarme, pero yo me los cargo. En la liquidación del segundo me ayuda Poster, a quien no le interesa que yo muera. Además, con ello se gana mi confianza.

—Me lleva a la casa de Sherman.

—Tiene allí una cómplice. Una furcia alquilada. Una mujer deliciosa, pero que es en realidad una víbora.

—Las circunstancias me hacen creer que es su esposa.

—El falso Sherman me cuenta sus apuros.

—Me pide que le mate y hasta me entrega su pistola, puesto que está seguro de que no dispararé.

—También está seguro de que no me dejaré convencer por su plan, pero para eso tiene a la chica. Al día siguiente prepara la escenita de la fábrica abandonada de porcelana. La chica ya sabe lo que le espera: una paliza, una exhibición de piernas y en paz. Un mal trago, pero todo sea por la causa. Y yo caigo. Yo no puedo soportar que a una mujer que tanto me ha impresionado le suceda otra vez aquello. Me dejo arrastrar por el plan. El falso Sherman me da su pistola y ya no vuelvo a verle en la casa que no es suya. Sería demasiado arriesgado para él.

—Me enfrento a Neilo Barin. Es un competidor de Robert Poster, el mismo que un día le disputará el mercado de las drogas, cuando la cosa marche. Por lo tanto, para que su plan tenga éxito, necesita eliminarlo. La verdad es que Barin nunca ha querido eliminar a Sherman ni sabe a qué viene todo eso. Pero las cosas se ponen difíciles y yo le mato. Hago el trabajo que Robert Poster nunca hubiera sido capaz de hacer. Y gratis.

—Luego le devuelvo la pistola en el «Rolls-Royce», pero sin testigos. Antes la ninfa llamada Marta me ha llevado a una casa de té donde sabe que hay micros ocultos y donde, por tanto, la conversación pasará a la policía. Como la policía no conoce la voz de la verdadera esposa de Sherman, no tiene por qué sospechar

nada. Pero sabe bien que yo tengo la «P-38». Y' que tengo también el encargo de matar a Sherman.

—Y éste aparece muerto en su casa cuando regresa del viaje. Lo ha matado Robert Poster, que así le sucede automáticamente en el mando de las compañías. Su plan es un éxito rotundo. Ahora ya tiene el poder en sus manos y sin ningún competidor que le haga sombra, como pudo serlo Neilo Barin. Hace desaparecer la «P-38»... ¡Y el único culpable posible soy yo! ¡Yo, al que la policía ya está esperando! ¡Robert Poster ha conseguido el crimen perfecto!

Todos esos pensamientos resonaban como martillazos en el cráneo de Keldon.

Sus sienes zumbaban.

Los ojos parecían salirse de las órbitas.

Todo aquello era siniestro, pero había algo que aún le dolía más. La mentira de Marta. La frialdad de Marta al engañarle. La...

Fue Poster quien gritó de nuevo:

—¿Qué hace ese intruso aquí? ¿A qué ha venido? ¡Yo no le conozco de nada! ¡Llamen a la policía...!

Keldon saltó sobre él.

No pudo evitarlo.

De un guantazo lo envió contra la ventana.

Le saltó los dientes.

Por poco lo hace saltar de un décimo piso a la calle.

Pero los policías ya se habían vuelto a arrojar sobre Keldon. Le seguían pisándole los talones y sabían que estaba allí. El propio Yamashita le golpeó en la nuca otra vez. Keldon se dobló hacia adelante mientras escupía sangre.

Aquello era el fin.

Estaba más perdido que un animal en el matadero.

La voz de Yamashita aulló:

—¡Sacadle!

Todos tiraron salvajemente de él.

Keldon dio una coz a uno y lo envió contra la puerta.

Pero no llegaron a arrastrarle fuera del despacho. Porque en aquel momento una voz helada susurró:

—¿Era ésta la pistola que buscaba, comisario? ¿La «P-38» que tanto necesita?

CAPÍTULO XVII

TODOS los rostros se volvieron hacia la puerta. Hubo unos instantes de silencio, de clímax, de brutal estupefacción. Keldon jadeó. Otra vez tuvo la sensación de que sus ojos le engañaban. Porque la que estaba en la puerta, ofreciendo una pistola que Keldon conocía bien, era... ¡Marta!

Marta dejó fríamente el arma sobre la mesa. Dijo con voz tan tranquila que no parecía surgida de su propia garganta:

—Esta es el arma que buscaba, Yamashita. Robert Póster, el falso Sherman, me encargó que la hiciera desaparecer, pero no le he obedecido. Llévesela y hágala analizar. Verá que tiene sus huellas muy recientes, las que marcó al matar al verdadero Sherman. ¿Y cómo las podría tener, si la entregó hace tantos días a Keldon?

Un momento de estupor sucedió a estas palabras. Un momento de silencio, de angustias casi de dramatismo. El propio Yamashita no sabía qué pensar. Keldon estaba lívido. El falso Sherman abrió la boca jadeando como un pez fuera del agua.

—¡Maldita! —aulló—. ¡Te has vuelto loca al traicionarme, pero no conseguirás nada! ¡Nada, zorra! ¡No podrás decir una palabra más! ¡Haré que pagues esto... con tu cochina sangre!

Y tendió febrilmente la derecha hacia la «P-38». Sus ojos estaban desencajados. Su derecha temblaba. Pero apuntó en línea recta hacia la cabeza de Marta. El dedo se cerró sobre el gatillo.

El grito partió del fondo de las entrañas de Keldon:

—¡Nooo...!

Aquello era demasiado para él. No podía verla morir. ¡No podía!

Hizo un gesto brusco para saltar, pero ya era demasiado tarde. El dedo se había cerrado sobre el gatillo. La bala iba a brotar...

Y, en lugar de eso, saltó al aire un sonoro «clic».

Un «clic» que se mezcló con el disparo brutal de Yamashita.

Poster saltó hacia atrás.

Con sus ojos desenchajados.

Con tres ojos desenchajados.

Porque había uno en mitad de los otros.

Como un poste que se derrumba, como mi mueble podrido que se cae, se derrumbó bajo la mesa.

Yamashita miró aterrado su propia pistola, como si no quisiera creerlo.

—Lo... lo siento —susurró—. He querido salvarla a usted... Pero no sabía que la «P-38» estaba descargada...

—Yo sí —dijo Marta con voz opaca—. Y él también hubiera debido saberlo, puesto que descargó todas las balas contra Sherman. Como debió haber recordado que en el arma no podía haber huellas, puesto que al disparar usaba guantes... Pero un hombre no siempre tiene memoria cuando la necesita. Y una mujer tiene, a veces, corazón cuando..., cuando ya no le hace falta.

Y se volvió con un gemido.

Las lágrimas habían saltado a sus ojos.

A su garganta.

A su boca.

Ya no era más que una pobre muchacha derrotada que pide un poco de compasión.

Yamashita se pasó una mano por la frente.

—Bueno... —dijo—. Creo que se estaba mejor en Vietnam e incluso en Corea... ¿Pero por qué me meteré en estos líos cuando ya podría estar jubilado? Oiga, señorita... Creo que no la puedo acusar de nada, y si de algo la pudiera acusar, su ayuda a la policía la libraría de culpa... ¿Qué hace aún aquí? ¿Por qué no se larga hasta que la llame para declarar? Y tú, Keldon, ¿a qué esperas? ¿Por qué no la acompaña? ¿Es que no te basta tener nada menos que un «Rolls-Royce» en la puerta?

Y volvió intencionadamente la espalda.

No quiso ver cómo marchaban muy unidos los dos.

Con sus cuerpos tan juntos.

Con sus almas tan unidas por primera vez. Yamashita mascullo:

—Un «Rolls-Royce» y aún ponen mala cara... ¡Habrased visto!
¡La primera vez que yo salí con una chica tuve que robar una
bicicleta...!

F I N

**YA ESTAN A LA VENTA
LAS OBRAS INEDITAS DE**

M. L. ESTEFANIA

el famoso autor del género
Oeste, que en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA

publica

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

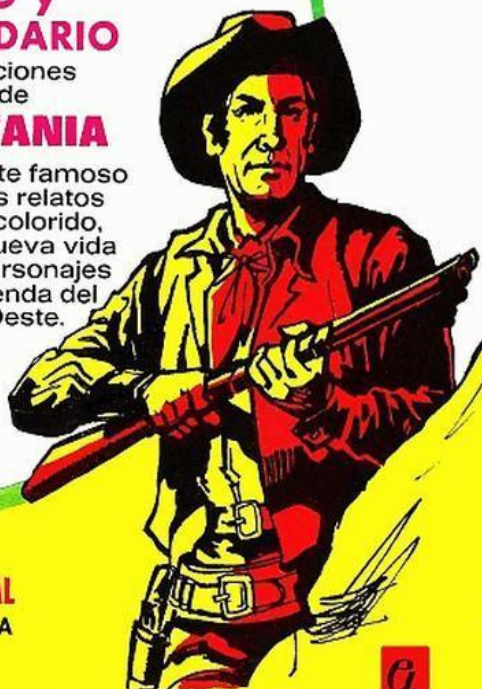
en sus colecciones

CENTAURO y OESTE LEGENDARIO

APARICION SEMANAL. RESERVE SU EJEMPLAR

DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series
CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO
las primeras ediciones
de las obras de
M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.